Ingvild H. Rishøi

# La puerta de las estrellas

Traducción del noruego
de Lotte Katrine Tollefsen

Galaxia Gutenberg

© Mathias Fossum

## Ingvild H. Rishøi

(1978) nació y creció en Oslo. Su primer libro de relatos, *Do Not Erase*, recibió importantes elogios de la crítica y los lectores. Su siguiente libro, *The Tale of Mrs Berg*, se publicó en 2011, también con gran éxito. *Winter Stories*, publicado en 2014, confirmó la posición de Rishøi como una de las autoras más destacadas de Noruega, y fue galardonado con el Premio Brage y el Premio de la Crítica, además de otros premios. *La puerta de las estrellas* es su primera novela, y se publicó simultáneamente en Noruega, Suecia y Dinamarca con excelentes críticas en los tres países.

Ingvild H. Rishøi ha trabajado como periodista y también ha escrito libros para niños. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el inglés, el alemán y el francés.

Ronja, de diez años, siempre ha soñado con tener un árbol de Navidad. Pero su padre, un viudo amable y cansado, y víctima del alcohol, no consigue permanecer en un mismo trabajo el tiempo suficiente para ganar el dinero que gastar en lo que no es esencial.

Este año parece que finalmente Ronja cumplirá su sueño, porque su padre ha encontrado trabajo en el mercado de árboles de Navidad. Pero...

Con esta historia aparentemente simple y directa, en la que también tiene un papel importante Melissa, la hermana mayor, la autora describe desde la perspectiva de Ronja una infancia y una familia abocadas a la vulnerabilidad, en la que los niños tienen que crecer más rápido de lo que deberían, arreglárselas sin sus padres e incluso cuidar de ellos.

Un libro emocionante y conmovedor, triste y lleno de bondad, que hace bien y duele, pero sobre todo te tiene en sus garras desde la primera a la última página. Y ante el cual incluso a quien no suele llorar cuando lee se le va a hacer difícil no hacerlo.

Esta traducción ha recibido una ayuda de NORLA

Título de la edición original: *Stargate. En julefortelling*
Traducción del noruego: Lotte Katrine Tollefsen

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2022

© Gyldendal Norsk Forlag AS, 2021
Publicado según acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Lotte Katrine Tollefsen, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022
Imagen de portada:
© Martin Jacobson, 2022

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19075-95-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A veces pienso en Tøyen. Entonces veo el barrio con total claridad.

La gente carga con bolsas del Dia y empuja cochecitos de bebé por la nieve, los niños corren al colegio con las mochilas rebotando en la espalda y en el recreo de media mañana el conserje fuma apoyado en el portón de la entrada. Después se fundirá la nieve y los árboles de Navidad quedarán ahí tirados y marchitos frente a las torres de pisos, las praderas se colorearán de verde y se llenarán de dientes de león y así seguimos, la gente camina erguida, va haciendo eses y vuelve a erguirse, nacen bebés y mueren ancianos y en el recreo el conserje se apoya en el portón y exhala el humo hacia el cielo.

Es entonces cuando piensa en mí. Él se daba cuenta de todo, ahora me doy cuenta yo. Mira por encima de los tejados y lo recuerda todo.

–¿Tú por aquí? –dijo el conserje.

Se puso delante del portón del muro del patio y sacó el paquete de tabaco del bolsillo. Yo estaba donde siempre, y contesté lo de siempre.

–Sí –respondí.

–¿Sabes que está prohibido? –dijo el conserje.

Entonces contesté lo que papá me había enseñado.

–Las normas están para incumplirlas –dije.

Nevaba un poco. A nuestra espalda alguien gritó: *Pito, pito, gorgorito, ¿dónde vas tú tan bonito? A la era verdadera. Pim, pam, ¡fuera!*

El conserje se agachó y consiguió encender el cigarrillo. Después rematamos nuestra conversación.

–¿Sabes que está prohibido? –dije.

–Las normas están para incumplirlas –dijo él–. ¿Has vuelto a repartir toda tu comida?

Asentí. Porque la ardilla ya había estado por allí, la única ardilla de Tøyen, la más bonita, sabía cuál era la hora del recreo y acudía puntual. El conserje se colocó el cigarrillo entre los labios y sacó el bocadillo del bolsillo. Abrió el papel de plata, partió el börek en dos y me pasó la mitad. Echaba humo. Su mujer era buenísima envolviendo.

–Esto es *the circle of life* –dijo el conserje–. Tú le das a la ardilla, yo te doy a ti.

–¿Qué es *the circle of life*? –pregunté yo.

–Filosofía –dijo el conserje–. Aquí soy el de mantenimiento, ya sabes. Pero en mi tierra era un gran pensador.

Se giró y exhaló el humo para que no me diera en la cara.

–Eso es lo bueno de ser inmigrante –dijo–. Siempre puedes contar a lo que te dedicabas en tu país.

–Pero ¿mientes? –dije.

–Nunca. O, mejor dicho, en mi país era uno de los mejores mentirosos. Gané un concurso. El Campeonato Nacional de Trolas.

–Vaya –dije.

–Otra cosa –dijo–. ¿Has visto ese cartel de ahí? –Señaló con el cigarrillo entre los dedos.

> Se busca vendedor de árboles de Navidad. Has de ser: Cumplidor. Responsable. Te ha de gustar estar al aire libre.

Estaba pegado a una farola. Debajo colgaban papelitos con un número de teléfono.

–¿Qué tal eso? –dijo el conserje.

–Creo que a los diez años no te dan trabajo –dije.

–No estaba pensando en ti –repuso él.

Se acercó a la farola, arrancó un papelito, regresó y me lo puso en la mano.

–Enséñaselo a tu padre.

Los copos de nieve se derretían alrededor del papel.

–Y si solicita el puesto, que diga que va de parte de Alfred –dijo el conserje–. Es el que les reparte los árboles.

–Pero ¿es verdad? –dije yo.

–Verdad verdadera –dijo el conserje–. Yo conozco a Alfred, tú me conoces a mí y tu padre te conoce a ti. Es *the circle of life*.

Asentí con un movimiento de cabeza.

–Ya puestos –dijo el conserje–, mejor te lo llevas entero.

Se acercó de nuevo, soltó el papel del celo y enrolló el cartel.

–Aquí no está permitido colgar carteles –dijo.

–Pero ¿y si otra persona quiere ese trabajo? –dije.

El conserje metió el rollo en el bolsillo de mi abrigo. Los copos de nieve caían sobre su gorro pequeño y ceñido.

–Exacto –dijo–. Estás ante un hombre de grandes ideas.

Cuando llegué a casa, papá estaba sentado a la mesa de la cocina. Levantó la vista, se tapó los ojos con la mano.

–¿Acaba de salir el sol? –dijo–. ¿Dónde están mis gafas de sol?

Sonrió. Yo también sonreí. Entonces se puso serio.

–Ven y siéntate aquí conmigo –dijo.

Se frotó la frente. Pero yo no soportaba la idea de que empezara otra vez con su letanía. *Esta no es vida para unas niñas*, dice en esos casos, *asfalto y toda esta mierda*, y luego dice *pero vosotras no tenéis un pelo de tontas, está claro, y también lo habéis pasado bien, os acordáis de ese verano en la tienda de campaña, ¿no? ¿Os acordáis* de *la cabaña esa de aquel invierno?* Y yo contesto que sí, que no y que sí. No soportaba la idea de que empezara otra vez, así que desenrollé el cartel y lo puse sobre la mesa.

–Vendedor de árboles de Navidad –dijo papá.

El cartel se enrolló. Lo desenrollé otra vez y lo sujeté. Él levantó la vista.

–Pero vendedor de árboles de Navidad –dijo–. Ese es un trabajo para gente de pueblo, de Toten, Ronja.

–Siempre es mejor que nada –dije.

Entonces miró el cartel otra vez. De repente se puso de pie, se acercó a la encimera y cogió el hervidor de agua. Abrió el grifo y dijo:

–No tienes un pelo de tonta, nunca lo has tenido.

Llenó el hervidor. Me encanta que beba café. Y que vaya a buscar un pantalón de chándal y se lo ponga, que mire por la ventana y empiece a dar vueltas, me encanta. Me acuerdo de todos los trabajos que ha tenido. El de la panadería fue el mejor, le daban unos bollos de canela enormes para traer a casa y yo podía llevarlos al cole al día siguiente y los demás miraban mi fiambrera y decían *shit*, y Musse decía *es que eres una suertuda, ¿*me *oyes*?, y Stella decía *¿sabes que están prohibidos los alimentos con azúcar?*, y Musse decía *relájate, Stella, en esta clase todo el mundo lleva bollos en la fiambrera.* Pero el trabajo del supermercado también estaba bien, y cuando limpiaba los tranvías los demás decían *tu padre trabaja en el súper, ¿no?, dile que me haga descuento en el batido de Nesquick; tu padre limpia en el tranvía, ¿no?, pídele que no limpie los grafitis de mi hermano.* El único que no me gustaba fue el de poeta, cuando escribía que el pensamiento es una anguila en una trampa y vendía los poemas delante del quiosco, eso no me gustaba, pero me encanta que el hervidor empiece a pitar y no necesito más, *soñáis demasiado*, solía decir Melissa, *si soñar fuera un trabajo, podríamos habernos mudado directamente al barrio pijo de Holmenkollen.*

El agua burbujeaba. Papá cogió el hervidor. Yo tenía la cabeza repleta de sueños. Porque sabía dónde estaba ese puesto de venta de árboles de Navidad y pensé que podría ir corriendo nada más acabar el colegio, que papá daría vueltas entre los árboles vestido con el jersey de lana gorda, y yo podría

colocarme junto a la gasolinera y verle sonreír a los clientes y meter dinero en la cartera bien gorda. Luego le pagarían el sueldo y para Navidad podríamos regalarle a Melissa, no sé, algo que quisiera mucho, y papá lo podría comprar y llegar a casa y llamarme con la mano y susurrar *mira, esto sí que pega para una chica de dieciséis años, ¿no?* Pensé que papá también sería el encargado de llevar el árbol de Navidad al colegio. Sabía exactamente cómo sería ese momento, Meron se apoyaría en la ventana y gritaría *¡ya traen el árbol de Navidad! ¡Traen el árbol de Navidad! Mirad, ¡si es el padre de Ronja!* Y el profesor diría *sentaos, sentaos, no os levantéis*, pero todos correrían hacia la ventana, sí, todos van corriendo a la ventana y allí abajo vemos a la directora, camina por el patio al encuentro de papá. Cruza los brazos sobre el abrigo de punto. Luego señala el gimnasio. Su cinturón tejido se agita con el viento y papá sonríe con la sonrisa grande, papá tira del árbol para pasar por el portón, y toda la clase exclama *¡Guay!* Así fantaseo yo.

Papá, de pie, miraba por la ventana. Seguía nevando. Sostenía la taza a la altura del pecho. Nuestra cocina estaba muy vacía.

–Entonces, a lo mejor este año podríamos tener un árbol de Navidad –dije.

–¿Qué has dicho? –dijo papá.

–Si te haces vendedor de árboles –dije–. ¿Podríamos tener un árbol de Navidad?

–Por supuesto –dijo papá volviéndose hacia mí–. Tú, hija de bandolero. ¿No crees que a los empleados les harán descuento?

–Seguro –dije yo.

–¿O tal vez gratis? –dijo papá, y yo asentí, porque creía que sería así.

–Oye, hija de bandolero –solía decir papá–. Tú, mi bandolera y mi tesoro, mi pozo de petróleo.

Nos llamaba Estrella y Luna y Macarronja y Melaza. Nos llamaba Ronja hija de bandolero y Melissa luz de luna, entraba por la puerta y decía: *¿Dónde están mis hijas, Bandolera y Luz de luna?*

–Aquí –respondíamos nosotras–. Aquí comiendo unos Corn Flakes.

–Pero ¿tú crees que le darán ese trabajo? –dije.

Estaba tumbada en el regazo de Melissa. Las luces de los faros de los coches se deslizaban por el techo.

–No –dijo Melissa–. Por supuesto que no.

Hurgaba en la junta del papel pintado.

–Pero si se lo dieran –dije yo–. Tú también querrías tener un árbol de Navidad, ¿no? –dije.

Melissa dejó de hurgar.

–A ti también te parece bonito tener un árbol de Navidad, ¿no?

–Ronja –dijo–. Un árbol de Navidad cuesta casi seiscientas coronas.

En la calle un coche hizo sonar el claxon. Alguien gritó *¡mira por dónde vas, tío!*

–Resbala –dijo Melissa–. La temperatura está bajando y la lluvia se congela.

–Pero Melissa –dije–. ¿No crees que te hacen descuento en el árbol de Navidad si trabajas en eso?

–Pero no trabaja en eso –dijo–. Has olvidado ese detalle. Intenta pensar en otra cosa.

Pero yo no quería pensar en otra cosa. Cerré los ojos con fuerza hasta que tuve la cabeza llena de árboles de Navidad.

–Pero y si –dije–. ¿No crees que ayudaría que diga que va de parte de Alfred?

–Sí –dijo Melissa–. ¿Nos podemos dormir ya?

–Pero si dice que va de su parte y si le dan el trabajo y si hacen descuento a los empleados –dije–. Solo quiero saber una cosa: ¿tú adornarías el árbol enseguida? ¿O esperarías a Nochebuena?

Melissa me miró.

–Es que yo no quiero fantasear con eso –dijo.

–Solo un poco, porfa –dije yo–. ¿Solo una minifantasía de nada?

–Oh, por dios maldito –dijo, pero se había rendido, lo supe, miró al techo y su cuerpo se ablandó, me cogió la mano por debajo del edredón.

–Vale –dijo–. Si tuviéramos un árbol de Navidad...

–Sí –dije.

–Entonces lo meteríamos en el salón –dijo.

–Pero ¿no podrías decir que estamos en una cabaña? –dije.

Bajó la mirada hacia mí.

–Es que lo que no puedo entender es: si sabes exactamente lo que quieres que diga –dijo–, ¿por qué no lo dices tú y ya está?

–¿Dulce Melaza?

Cerró los ojos.

–Vale –dijo–. Así que ahora estamos en una cabaña. En lo profundo, más

profundo del bosque. Con chimenea y todo eso que tú ya sabes. Y entonces, en la mismísima Nochebuena, por la mañana, cuando está oscuro...

–¿Sí?

–Vamos al cuarto de estar y encendemos las luces del árbol –dijo–. Y entonces la luz es completamente… increíble.

–Sí –dije yo–. Como en el cuento de la pequeña cerillera.

–No pienses en eso –dijo Melissa–. Es la historia más triste del mundo.

–Pero ¿te acuerdas del árbol? –dije–. ¿No te acuerdas de ese árbol que ve por la ventana?

–Es una fantasía de la fiebre –dijo Melissa–. No pienses en eso. Esa niña al final se muere y todo.

–No se muere –dije–. Se reúne con su abuela.

Melissa respiró profundamente y negó con la cabeza, pero luego acercó su cara a la mía, pegó la boca a mi oreja y habló bajito de adornos navideños, de una chimenea y del humo que subía hacia el cielo, en lo más profundo profundo del bosque.

Entonces tienes que dar con el sendero. Cuando lo encuentres lo sabrás. Porque allí se abre una especie de portal en el bosque, hay nieve en los árboles y se doblan encima de ti cuando empiezas a caminar. Y empiezas a caminar. Es fácil, porque la nieve del sendero está dura, por las pisadas. Entonces el bosque se abre, y ves la laguna pequeña y plana, blanca, la colina donde el zorro tiene su madriguera, y arriba está la empalizada en horizontal, solo tienes que seguirla, y ya sabes lo que vas a ver.

–Niñas –gritó papá–. Me han dado el trabajo.

Era el día siguiente, nada más salir del colegio. Estábamos sentadas a la mesa, yo tenía la boca llena de Corn Flakes y leche. Papá apareció en la puerta de la cocina. Sonreía y dejó caer la cazadora de cuero al suelo, se acercó a nosotras y dejó unos papeles sobre la mesa.

–Me lo han dado –dijo.

Melissa dejó la cuchara en el plato.

–Enhorabuena –dijo–. ¿Cuándo empiezas?

–Mañana –dijo papá.

–Entonces será mejor que pongas el despertador –dijo Melissa.

–Es el trabajo perfecto –dijo papá–. Entramos a las diez.

–Puede producirse un milagro –solía decir el conserje–. A veces no queda otra, y entonces ocurre un milagro.

Cuando llegamos a casa al día siguiente, no estaba. Volvimos a sentarnos a la mesa de la cocina, volvimos a comer Corn Flakes, fuera estaba oscuro y papá no estaba.

–¿Crees que está trabajando? –dije.

–Yo no creo nada –dijo Melissa–. Para creer están las mezquitas.

–Pero ¿si hubiera que adivinarlo? –dije–. ¿Dónde dirías que está?

Entonces se abrió la puerta de la calle y di un respingo y papá gritó:

–¡Hola, hola, oh, qué calentito está aquí!

Melissa dejó de comer. Papá se quitó los zapatos en dos patadas y vino hacia nosotras. Llevaba puesto el jersey de lana gorda y estaba lleno de agujas de abeto, puso las manoplas a secar encima del radiador. Solo había ido a trabajar, luego había vuelto a casa, entonces abrió el armario de la cocina y tiró un paquete entero de espaguetis en la cazuela. Luego fue al recibidor, revolvió en los cajones y dijo que necesitaba más manoplas.

–No os hacéis una idea de lo mojadas que están las ramas de los abetos con este tiempo –dijo–. La gente que no trabaja en esto no tiene ni idea.

Luego se sentó a la mesa y empezó a contarnos. Solo había ido a trabajar, luego había venido derecho a casa, y yo sabía lo que estaba pensando Melissa, *esto no va a seguir así*, pensaba, pero así siguió.

Así siguió. Todos los días comíamos espaguetis. Todos los días nos hablaba del trabajo. Decía que el jefe era una especie de dictador y que los abetos blancos eran gordos y pesados como gorrinos, pero sonreía, le echaba chorros de kétchup a los espaguetis, decía que tenía agujetas en la nuca y en el culo y en el cuello y en los dedos, y Melissa enrollaba los espaguetis en el tenedor y bajaba la vista, pero yo miraba a papá, porque puede producirse un milagro. Se sabe que han ocurrido. Nos hablaba de cómo era noviembre en el negocio de los árboles de Navidad, cómo se talaban con hacha y se apilaban y cómo había residencias de ancianos que necesitaban dos y hasta tres árboles uno detrás de otro, porque así de larga era la Navidad en las residencias de ancianos. *No se les puede dar plástico a los mayores*, decía papá, *los ancianos se merecen el olor del abeto.* Nos lo contaba mientras fregaba la cazuela. Mientras yo hacía los deberes. Y mientras me lavaba los dientes, sentado en la tapa del retrete, me hablaba de la plantación de Enebakk y de la plantación de Moss y de la clase de árbol que íbamos a comprar, un abeto del fiordo, si estábamos de suerte y nos quedaba dinero cuando le pagaran el sueldo, y acababa sentado al borde de la cama mientras me deshacía los enredos del pelo con los dedos y me hablaba del abeto blanco y del abeto común y del abeto de Sitka, y montones de otros abetos que ya no recuerdo.

Y llegó el lunes, el martes, el miércoles y nos hablaba de la cabaña que nos compraríamos en cuanto tuviera un trabajo fijo, y jueves, viernes, nos hablaba del sendero y de la empalizada y de cómo nos sentaríamos en los escalones de la puerta para observar la Osa Mayor. Llegó el sábado y entonces tocaron a la puerta.

Papá me soltó el pelo y se levantó del borde de la cama. Pero en realidad la nuestra no era una de esas casas en las que tocan a la puerta. A nuestra puerta solo tocaba Aronsen, *voy a llamar a la policía*, decía, pero nunca llamaba a la policía. Pero antes, cuando era pequeña, creía que lo iba a hacer. Estaba allí, en bata, yo me agarraba a las piernas de papá y gritaba *no llames, no llames*, hasta que Aronsen miraba hacia abajo y decía *calla ya, no voy a llamar a nadie, solo intento que tu padre entienda.*

Papá fue al recibidor. Oí que abría. Busqué la esquina del edredón y la mordí.

–Anda, hola –dijo papá.

–¿Cómo va todo? –dijo una señora–. Llevo una temporada sin verte.

Era Sonja.

–Solo quería saber –dijo–. ¿No te ha pasado nada?

Sí, era Sonja. La había visto en el pub Los amigos. Ese sitio debería llamarse Enemigos, solía decir Melissa. *Deberían cerrar ese lugar*. También me la había encontrado en La puerta de las estrellas, también odiaba La puerta de las estrellas, la estrella que había encima de la puerta, la oscuridad del interior y que su mesa estuviera en la esquina del fondo y hubiera que cruzar la oscuridad entera para encontrarlo, y ahí solía estar sentada Sonja, sonriente, y también se había sentado en nuestro sofá, y me hablaba, yo odiaba el olor de su aliento, ahora estaba en el descansillo preguntándole a mi padre si había pasado algo, *sí, algunos de nosotros nos lo preguntábamos*, dijo Sonja, *tenemos que cuidar los unos de los otros, ya sabes, nadie más lo va a hacer.*

–No ha pasado nada –dijo papá–. Solo estoy trabajando.

–Pues qué bien –dijo Sonja–. Pero ¿a lo mejor nos vemos pronto por allí?

Mastiqué y mordí la esquina del edredón.

–Ya veremos –dijo papá–. Tengo que madrugar, ya sabes.

Luego hablaron demasiado bajito. Pero al cabo de un rato oí a Sonja.

–¿A las diez? –dijo–. Pues entonces puedes dormir mucho.

–Sí, visto así –dijo papá.

–¿Y no podrías pasarte esta noche?

Dejé de morder. El aire me zumbaba en los oídos. Papá carraspeó en el pasillo. El vecino tiró de la cadena.

–Esta noche no –dijo papá–. Me lo estoy tomando con calma.

Me mareé. Sonja dijo algo en el recibidor, pero no lo escuché, porque mi corazón latía muy fuerte. Tuve que tumbarme boca abajo y aplastarlo para que no se matara a latidos.

noches se sentaba allí. Me deshacía los enredos y me hablaba de los bosques más profundos y los senderos más estrechos, también mencionaba sus nombres, *el bosque de Finlandia*, decía, *el lago Profundo y Femundsmarka, pero ahora es muy tarde, ahora mi pozo de petróleo tiene que dormir.*

Un día Melissa y yo llegamos a casa. Nos quitamos los zapatos de una patada y fuimos a la cocina, abrimos el frigorífico y estaba lleno.

–¡Eh! –dije–. ¡Mira!

–Vale –dijo Melissa.

Me la quedé mirando.

–¡Que mires! –dije–. ¡Es la comida navideña!

–*Yes* –dijo–. Entonces comeremos.

Abrió el cajón del pan y cortó un montón de rebanadas. Sacó platos, queso, jamón y paté, el cartón de la leche estaba decorado con duendes y trineos, sirvió zumo, leche y refresco navideño en varios vasos. Untó una gruesa capa de mantequilla y nos comimos cuatro rebanadas cada una, pero no me miró.

Cuando llegó papá estábamos bebiendo refresco de Navidad. Tenía varias bolsas en las manos, las puso sobre la encimera y sonrió.

–¿Cómo has podido pagar esa comida? –dijo Melissa.

–¿Qué? –dijo papá–. Hola, por cierto.

–Hola –dijo Melissa–. ¿Cómo has podido pagar esa comida?

–Pedí un anticipo –dijo papá, se inclinó sobre las bolsas y sacó un bote de Nesquick.

–Toma –dijo enseñándolo–. ¿No es este el que os gusta?

Asentí con un movimiento de cabeza.

–¿Y te lo dieron? –dijo Melissa–. El anticipo.

–El tal Eriksen es un tipo amable –dijo papá, y abrió la puerta de la alacena–. Así que dijo que sí.

–¿Qué es un anticipo? –pregunté yo.

–¿Para qué quieres ese anticipo? –dijo Melissa.

–¿Esto es un interrogatorio? –dijo papá.

–Solo te lo estoy preguntando –dijo Melissa–. ¿Para qué lo quieres?

–Para pagar el recibo de la luz –dijo papá quitándole el plástico a un rollo de papel de cocina–. Para pasar un buen rato. Comida navideña y buenos ratos navideños. Y papel de cocina.

–¿Qué es un anticipo? –repetí yo, pero nadie contestó, y papá fue al baño y abrió el grifo.

Esa tarde Melissa se sentó en la cama hurgándose los dedos. Al cabo de un rato se puso de pie y miró por la ventana. Papá iba de la cocina al baño y al salón, estaba en distintas partes todo el rato, y la tarde pasaba, pero nadie preparó espaguetis. Se hizo de noche. Entonces papá asomó la cabeza por la

puerta de nuestro cuarto.

–Vale –dijo–. Solo quería deciros que me voy a dar una vuelta.

–Vale –dijo Melissa–. Voy contigo.

Se levantó y se colocó en el centro de la habitación, debajo de la bombilla.

–¿Para qué? –dijo papá.

–Pensaba ir al supermercado –dijo Melissa–. Como te han dado un anticipo.

–¿Qué es un anticipo? –pregunté yo.

Ninguno de ellos me miraba, tenían los ojos clavados el uno en el otro.

–Es dinero –dijo papá.

–Que te dan antes de que hayas hecho tu trabajo –dijo Melissa–. El sueldo te lo pagan después.

–Pero está bien que podamos pasar buenos ratos –dijo papá–. Pronto será Navidad y queremos pasarlo bien un ratito.

–Hum –dijo Melissa–. Estás pensando en La puerta de las estrellas, ¿no?

–¿Eh? –dijo papá.

–¿Pensabas pasarlo bien un ratito en La puerta de las estrellas? –dijo Melissa.

–No –dijo papá–. De hecho, pensaba salir a compraros regalos de Navidad. ¿Te parece bien? ¿Me das tu permiso, Melissa?

Entonces Melissa no dijo nada más. Porque papá la miró tan fijamente que ella tuvo que apartar la vista, tuvo que volver a sentarse en la cama.

Más tarde, cuando estaba acostada debajo del edredón, caí en la cuenta de todo lo que tendría que haber hecho. Tendría que haber dicho: *pero es que este año no queremos regalos de Navidad*. Tendría que haber ido a ver a Eriksen y haberle dicho *no le des un anticipo a mi padre*, tendría que haber llamado a la puerta de Aronsen y haberle dicho *¿puedes cuidarle la cartera a nuestro padre por un rato?* Pero el caso es que no hice nada de eso. Seguí a papá al recibidor, allí estaba yo como una pequeña idiota y dije *¿vas a comprar regalos? ¿Te digo lo que me gusta?* De repente no me acordaba de nada que me gustara, pero así y todo dije cosas, dije cosas que quería desde hacía mucho, *una comba*, dije, *una muñeca bebé y rotuladores mágicos* y papá dijo *sí, eso suena bien*. Pero entonces descolgó la cazadora de piel del perchero y dijo *hasta luego, chicas. Puede que tarde en volver, hay gente a la que le debo algo de dinero.*

–¿Puedo ir contigo? –dije.

Melissa asintió.

Me acosté en su regazo. Un perro ladró bajo la ventana.

–La vida sigue su curso –dijo Melissa.

–Tendría que haber pedido regalos más simples –dije–. No es fácil encontrar todo eso.

Melissa bajó la mirada hacia mí. Tiene unos ojos tan bonitos, son tan turbios.

–Y menos por la noche –dije.

–Pero si no está comprando regalos –dijo ella–. Está en La puerta de las estrellas. O en Los amigos.

Entonces me acurruqué, dura como un pedrusco.

–Ese sitio debería llamarse Enemigos –dije.

Melissa se puso de lado. Me apartó el cabello de la cara.

–Deberían cerrar ese sitio –dije.

–Yo solía pensar lo mismo –dijo.

–¿Qué? –dije.

–Pero ya no –dijo–. No serviría de nada, lo sabes. ¿Recuerdas cuando le negaron la entrada a La puerta de las estrellas? Se fue a Los amigos. Y si te echan de Los amigos, solo tienes que ir a comprar cerveza al Dia.

Me pasó el dedo índice por las cejas. Primero una, luego la otra. Fuera el perro ese ladraba una y otra vez.

–Es el chucho del mujerón –dijo Melissa–. No se entera de lo pequeño que es.

Acerqué la nariz a su cuello. El perro siguió ladrando.

–No te hagas ilusiones –dijo Melissa.

Pero no puedo no hacerme ilusiones. Mi cerebro es así. Espero que alguien destroce todo La puerta de las estrellas, que cierre todos los grifos de cerveza del mundo, pero nunca pasa, siempre corre la cerveza en alguna parte, y se me nubla la cabeza. No había nada que pudiera decir. Sigue y sigue. Yo pienso y pienso y luego se hace de noche, porque la noche llega siempre. Era la noche del primero de diciembre. Estaba quietecita apoyada en el brazo de mi hermana.

Entonces llegan esos días. Los he tenido antes y sé que llegan, por eso sé que también se acaban. Sé exactamente cómo: se acaban cuando papá se sienta a la mesa de la cocina y dice *lo siento, chicas, las cosas irán mejor a partir de ahora*, y Melissa abre el cajón y saca una cucharilla y papá dice *girls, ¿me perdonáis?*, y yo digo que sí con la cabeza y papá dice *Melissa, ¿tú también?*, y Melissa va hasta la nevera y responde *como si pudiera elegir*.

Entonces sabemos que se ha terminado. Es cuando le tiemblan las manos y al sujetar la taza de café se forman círculos en la superficie, pero levanta la vista y dice *¿y si frío beicon y unos huevos*? Después sale a comprar y vuelve derecho a casa. Entonces los días se llenan de luz y las noches son negras y silenciosas. Y luego llegan las rebanadas de pan. Después las facturas ordenadas en bonitos montones y queso y huevos con beicon, *Melissa luz de luna*, dice papá entonces, *es la última vez, pero ¿podrías venir un momento*? *¿Crees que podrías hacerme el favor de llamar a esta gente por mí?*

Melissa se sienta a la mesa de la cocina y llama y dice varias cosas. A veces dice *el caso es que sencillamente no nos ha llegado la factura original*, y otras dice *lo que pasa es que está en cama con pulmonía doble*, y una vez dijo, sin más, *hola, somos dos niñas huérfanas de madre y un padre alcohólico, ¿nos darías dos semanas más?* Sí, llega la primavera o el verano o el otoño y papá trabaja y limpia nuestras fiambreras de pie junto al fregadero, y por la noche entra en el cuarto para darnos las buenas noches y se queda mirándonos desde el vano de la puerta. Se palpa los bolsillos, *dónde están mis gafas de sol*, dice, *me duelen los ojos*. Y por fin Melissa también sonríe. Entonces empieza a salir al atardecer. La oigo reírse bajo la ventana. No me gusta. Pero papá dice *es una adolescente, Ronja, ¿echamos una partida de cartas?* Y llegan las noches de verano cuando la lluvia golpea los cristales y jugamos a Casino en la mesa de la cocina, o días de verano en los que preparamos unas bolsas y nos vamos a una isla, papá y yo nos sonreímos por debajo del agua y papá y yo flotamos en el mar abierto y él mira el cielo y dice *esto sí es vida para unas niñas.* Luego nos sentamos en la orilla y él levanta un cangrejo y lo agarra de la pinza y saluda, *encantado, encantado*, para que yo no tenga miedo. O es otoño y está oscuro y él me habla de la cabaña que tendremos. Me lleva en brazos por la habitación y dice que estamos atravesando la nieve, que estamos en un gran bosque, pero que en nuestra cabaña estamos seguros. Me tumba en la cama y dice que la nieve alcanza varios metros de altura. Me rodea las piernas con el edredón. *Así*, dice. *Levanta los* pieses.

Así se acaba.

Pero antes de que se acabe, tiene que continuar. Y la continuación es que se queda sin este trabajo, o ese trabajo, o aquel otro trabajo, y el frigorífico se queda vacío, y entonces viene esa gente y se sienta en el sofá y dice *pero*

*anda, si es Ronja la que está por aquí*, y dicen *sonríe un poco, ¿vale?*, y yo no respondo, porque ¿qué se puede responder a eso?

–¿Cuándo crees que volverá? –dije.

–Creer es para las mezquitas –dijo Melissa.

–Pero ¿tú qué crees? –dije.

Tenía la nariz pegada a su cuello. Mi aliento lo había mojado.

–Creo que deberías dormirte ya –dijo–. Cierra los ojos. Puedo hablarte de esa cabaña tuya.

Entonces tiene que haber un bosque con árboles nevados. Y a veces hay una laguna, otras veces una ciénaga, pero el sendero siempre discurre bajo árboles inclinados y el bosque es siempre infinito, y siempre hay una cabaña muy solitaria en medio. Acércate a los escalones, quítate la nieve. Cierra la puerta a tu espalda. Sí, cierras la puerta con un gancho, porque esa noche nadie volverá a salir, fuera se pasea el zorro, las liebres saltan y muy lejos aúllan los lobos, pero en nuestra casa arde la chimenea, mientras dormimos, sin parar, hasta que nos despertemos. Y entonces bastará con soplar las brasas.

–Despierta –dijo Melissa.

Abrí los ojos. Era de día.

–Me voy –dijo Melissa.

–¿Por qué? –pregunté–. ¿No es domingo?

Estaba junto a la ventana abrochándose una camisa, una camisa blanca que jamás había visto.

–Sí –dijo–. Pero voy a salir.

Me levanté. El suelo estaba frío. Me acerqué a la ventana y vi lo que ella veía. Ahí abajo todo estaba cubierto de sol y escarcha y el mujerón andaba a pasitos con el perro metido en el bolso, todo estaba ya en marcha. No me gusta despertarme cuando todo está en marcha. Ahí estaba Musse también, corría con su cazadora vaquera, detrás de su padre, seguro que iban a la mezquita, casi siempre van a la mezquita y todo el tiempo van con el tiempo justo. Me giré hacia Melissa. La camisa era demasiado blanca. No me gusta que vaya a sitios. No me gusta que haya tanta gente ocupada con tantas cosas, no me gusta ver a Musse y a su padre, porque me dan envidia los que creen en dioses, siempre saben adónde van, corren por la calle bajo la enorme mano divina, pero nosotros no creemos en ningún dios, *Jesús era un gran hechicero*, suele decir papá, *eso es todo*, así que yo casi nunca sé adónde voy, solo se me ocurre un sitio: ir detrás de Melissa.

Melissa salió al recibidor. Yo la seguí.

–¿Por qué te vas? –dije–. ¿Adónde vas? ¿Qué pasó ayer?

Entró por la puerta del baño. Yo me senté en la tapa del retrete.

–Lo trajo Sonja a casa, nada más –dijo.

Abrió el armarito y sacó sus pinturas. Encogí las rodillas bajo la camiseta. Ella se inclinó hacia el espejo y tiró del párpado hacia arriba y hacia abajo y se dibujó el borde con pintura negra, tenía la boca abierta. En realidad, no hacía falta que dijera nada más. Podía verlo. Sonja ahí en el descansillo con sus estúpidos botines sujetando a papá por la cintura, y seguro que dijo *pues aquí estamos*, y entonces Melissa probablemente tuvo que darle las gracias mientras papá entraba a trompicones por el piso.

–Me explicó la cuestión –dijo Melissa.

–Pero ¿cuál es la cuestión? –dije.

–La cuestión es que la ha cagado –dijo Melissa–. Te ahorro los detalles.

Salió al recibidor. Se ató las zapatillas de baloncesto, se puso el abrigo.

–Ven aquí –dijo–. ¿Hay muchos pelos y cosas pegadas a la espalda de mi abrigo? No es lo mejor llevar ropa peluda cuando vas a pedir trabajo.

–¿Vas a pedir trabajo? –pregunté.

–Ese trabajo se queda en la familia –dijo Melissa.

Se enrolló la bufanda al cuello, era roja. Después me sonrió en el espejo y dijo:

–Me van a dar ese trabajo, tienen que estar desesperados, ahora necesitan gente.

Se inclinó hacia el espejo, entrecerró los ojos, se balanceó hacia delante y hacia atrás y al final me miró y dijo:

–¿Estoy bien?

–Sí –dije–. Solo un poco despeinada.

–Pelo despeinado –dijo mi hermana–. Seguro que a Herman Eriksen le gusta.

Y a Herman Eriksen le gustó. O tal vez le gustaran el maquillaje o la bufanda, o a lo mejor estaban desesperados, como había dicho. El caso es que volvió. Ya había anochecido. Se quitó los zapatos de dos patadas y dejó que el abrigo cayera al suelo. Luego fue a la cocina y dijo:

–Recuperé ese trabajo.

Se sentó a la mesa y se frotó la cara.

–Empecé de inmediato –dijo–. ¿Podrías darme unos Corn Flakes y un par de calcetines secos?

Fui a por los Corn Flakes, un cuenco y una cuchara. Me puse a su lado como una camarera y le serví la leche, levantó la vista y dijo gracias, tenía el maquillaje corrido por las mejillas. Fui a por el azúcar y unos calcetines. Se echaba Corn Flakes en la boca con una mano y apoyaba la frente en la otra.

Levantó la vista.

–¿Qué? –dijo–. ¿Qué pasa?

–¿No estás contenta? –dije.

–Ah –dijo–. Bueno.

Dejó la cuchara en la mesa.

–Me van a pagar menos que a papá –dijo–. Y no me gusta mendigar.

–Seguro que no suplicaste.

–Sí –dijo Melissa, levantó el cuenco y se bebió el resto de la leche–.

Sí –dijo otra vez–. Bien que supliqué.

Después me tumbé a su lado en la cama. Tenía el cuerpo rígido.

–Esa gente me molesta –dijo.

Acerqué los dedos de los pies a sus piernas.

–Dijeron que nos están haciendo un favor.

Se retorció y apartó el edredón de una patada.

–Y van a descontar el anticipo de papá de mi sueldo –dijo–. Aquí hay demasiada luz de mierda.

Se puso de pie en la cama y tiró del estor. Dijo que los faros de los coches por el techo no la dejaban dormir, pero ese estor hacía mucho que estaba roto, tiró y tiró a pesar de todo y al final algo se soltó de arriba y se quedó colgando de lado.

–Vale, así –dijo, y se tumbó–. Bien.

Arrugó la almohada bajo la nuca y cerró los ojos. Pero no se durmió, de eso me daba cuenta.

–Cuando cierro los ojos se me llena la cabeza de árboles –dijo–. Por dios maldito, me han lavado el cerebro.

–Sí –dije.

–Y no me gusta que hayan dicho eso del favor –dijo.

–No –dije.

En la calle ladró el perro. Melissa gimió.

–Pero en realidad nos están haciendo un favor, ¿no?

Ella se limitó a gemir otra vez.

Por lo menos acabé entendiendo lo querían decir con un favor. Era que empezaría a las seis de la mañana y trabajaría dos horas antes de ir al instituto, y después del instituto volvería para trabajar hasta la hora de cerrar, el jefe dijo que lo habían adaptado a sus necesidades, pero no era verdad, dijo Melissa, *todo el mundo se da cuenta de que lo más pesado es montar la exposición en la oscuridad cuando los árboles están mojados y fríos, no llegar a las diez cuando el sol ya ha salido y todo está bien alineado en su sitio.* Pero así tenía que ser. Tenía que estar allí mañanas, tardes y fines de semana, ese era el favor, y el anticipo de papá se descontaba directamente del sueldo de ella, y cuando llegaran los demás a las diez, la exposición tenía que estar lista.

–Y encima no tiene sentido –dijo–. ¿Quién va a comprar un árbol de Navidad a las diez de la mañana? ¿Quién sale a comprar un árbol de Navidad después de desayunar y se lo lleva a la oficina?

–Nadie –dije.

–Pero, en cualquier caso –dijo–. Mañana por la mañana te las tienes que apañar sola. Porque yo tengo que ir a las seis a montar la exposición.

–Vale –dije.
Pero al cabo de un rato dije:
–Pero ¿qué es la exposición?
–Árboles –dijo Melissa–. En ese trabajo todo son árboles.

–Tu hermana –solía decirme el conserje–. Esa no es fácil de olvidar. Era como si mandara ella solita en el patio.

–Milicia, sí –solía decir el conserje–. A esa me la llevaba yo en caso de guerra.

Cuando me desperté, ella había desaparecido. Fui al colegio, solo íbamos a preparar unos adornos navideños y me dejaron formar grupo con Musse y con Meron, elegimos hacer guirnaldas, pero a mí no me salía ni eso, Musse me miró y dijo *pero qué te pasa, tía, si las estás pegando del revés.* El cole se había acabado. Me fui a casa. Pero me quedé de pie en el recibidor.

El apartamento estaba vacío y gris. Y yo también me volví gris y vacía, porque allí no había nada bonito, lo único bonito era el perchero de la abuela, con una bonita talla marrón, pero por lo demás no había nada, y de repente no soportaba estar en un sitio así. Por eso volví a salir.

Fui a la gasolinera. Ahí se les había derramado alguna cosa, el asfalto estaba cubierto de agua y arcoíris. Miré hacia el puesto de árboles de Navidad. Junto a una caseta había dos hombres hablando. Melissa se apresuraba entre los árboles y fingió que no me veía, el mono le quedaba muy grande, se arrugaba como un churro alrededor de sus piernas. Me senté sobre una caja de periódicos roja. Melissa levantaba árboles de un palé, medía árboles con una vara, empujaba árboles por un túnel del que salían envueltos en una malla. No me saludó ni una vez. Al final se acercó de todos modos. Para entonces ya era por la tarde.

–Vete a casa –dijo Melissa–. Me estresa verte ahí sentada.

Negué con la cabeza.

–Vete ya –dijo Melissa–. La gente no se lleva a sus hermanos al trabajo.

No dije nada.

–El tal Eriksen está loco –dijo Melissa–. Cuando está aquí no puedo ni ir a hacer pis.

Pero no logró que me fuera. Negué con la cabeza y Melissa tuvo que seguir con su trabajo, se enrolló la bufanda al cuello y siguió su camino.

Atardecía, pero todavía podía verla, porque delante del puesto había un foco colgado de una farola. Después de un rato largo anocheció. Eriksen se marchó. Por fin Melissa también terminó, entró en la caseta y cuando volvió a salir, llevaba puesto el abrigo, dobló un cartel y lo apoyó en la pared, tiró de un enchufe y el puesto se quedó a oscuras. Entonces vino hacia mí.

Me cogió de la mano y fuimos caminando juntas a casa. Ella iba despacio. Estaba pálida, no dijo nada.

Pero más tarde, cuando le había encontrado calcetines secos y se había comido unos pocos Corn Flakes con leche y azúcar, de pie en el cuarto de baño dijo que era un trabajo de mierda.

–La gente se cree que los árboles de Navidad son tan simpáticos –dijo–. Pero el sector navideño está repleto de una mierda de gente. Y tengo unas manoplas de mierda, las agujas del abeto las atraviesan como si nada.

Yo estaba sentada en la tapa del retrete. Ella sacudía su melena dejando caer las agujas en el lavabo.

–La gente no se da cuenta de lo que pinchan los abetos –dijo–. No tienen ni idea del frío que se pasa ahí plantada, sin moverse, diciendo *sí, ¿le gusta este, señora? ¿Hace juego con su salón?*

–¿Las llamas *señoras*? –dije yo.

–¿Qué? –dijo–. Aquí agachada no oigo nada.

–¿Las llamas *señoras*? –dije.

Cerró el grifo y levantó la vista. Tenía los ojos rodeados de negro y el agua resbalaba por sus mejillas. Tenía los antebrazos llenos de pequeños pinchazos rojos, parecía algo salido de Halloween.

–Esa no es la cuestión –dijo–. La cuestión es que soy una esclava.

Dijo que era la esclava de Tommy, y que Tommy era esclavo de Eriksen, y Eriksen, él también era un esclavo, aunque fuera demasiado tonto para darse cuenta, él era esclavo de la Navidad y de Jesús y del cristianismo, y además el cristianismo en su totalidad era esclavo del capitalismo.

–Ese es el problema –dijo Melissa.

–¿De qué? –dije.

–De todo –dijo Melissa–. De absolutamente todo.

Al día siguiente fui otra vez. Hacía más frío. El cielo estaba azul claro y el humo de los tubos de escape parecía algodón. Me senté sobre la caja de los periódicos y apoyé la nuca en la pared de la gasolinera. Encogí las piernas y apoyé la frente en las rodillas. Me tumbé boca abajo y di unas patadas al aire. Entonces alguien me agarró del zapato. Me giré. Era un hombre.

–Buenas –dijo–. ¿Eres la hermana pequeña?

Llevaba un mono térmico y enormes guantes negros. Me incorporé.

–Tommy –dijo, y me tendió uno de los guantes–. Ven, puedes entrar.

–No puedo –dije.

–No hay problema –dijo–. Eriksen se ha marchado.

–Melissa no quiere.

–Eso no depende de ella –dijo Tommy y rodeó mi mano con su guante–. Ven. Vamos a celebrar una reunión plenaria.

Me arrastró con él entre los abetos.

–Melissa –llamó Tommy–. Ven aquí.

Melissa estaba sentada en el suelo muy ocupada enderezando un abeto. Se asomó entre las ramas y salió a cuatro patas. Parecía asustada.

–Tranquila –dijo Tommy–. He ido yo a buscarla.

Se acercó a la caseta y abrió la puerta.

–Toma asiento –dijo–. Coge una galleta de jengibre.

Allí dentro había una radio y calor, el suelo embarrado estaba marrón. Unos niños cantaban «Divino es el cielo azul». Me senté en una silla plegable, Tommy en la otra. Melissa se quedó en la puerta. *De la tierra nos lleva con él,* cantaban los niños. *De la tierra nos lleva con él.*

–Melissa –dijo Tommy–. Tu hermana no puede estar sentada sin moverse en un cajón todo el día a cinco grados bajo cero.

–Ya lo sé –dijo Melissa–. Se lo he dicho.

Tommy me miró.

–Vale –dijo–. Entonces, ¿qué pasa contigo?

–Que quiero estar aquí –dije.

–Vale –dijo Tommy–. Pero me pregunto una cosa. ¿Quieres trabajar, pequeña?

Entonces Melissa levantó la vista. Por debajo del gorro y con el pelo enredado parecía un animal.

–¿Trabajar? –dije.

–Sí, ¿sería posible que quisieras estar por aquí y trabajar para nosotros? –dijo Tommy.

Miré a Melissa, pero ella solo tenía ojos para Tommy.

–¿Sí? –dije.

–Vamos a ver –dijo Tommy–. ¿Habéis oído hablar de las comisiones?

–Las comisiones son sencillas –dijo Tommy.

A él le daban comisión por el verde decorativo, y verde decorativo no era otra cosa que lo que la gente corriente llama 'centros', *pasa lo mismo con los árboles*, dijo Tommy, *la gente corriente los llama 'árboles de Navidad', Eriksen los llama 'arbustos'*. Así que se cobraba comisión del verde decorativo y de las gavillas para los pájaros, y a Tommy le hacía falta esa comisión, porque *mi churri está embarazada*, dijo, *así que ahora no me vendría nada mal un pequeño ingreso extra.*

Melissa entrecerró los ojos y se apoyó en el marco de la puerta.

–¿Tenéis idea de lo que cuesta un cambiador? –dijo Tommy–. Y entendéis por qué no es algo que uno quiera comprar de segunda mano, ¿no?

–¿Y la cuestión es?

–La cuestión es –dijo Tommy–, que si os apuntáis a un asunto repartiré la comisión con vosotras.

Sonrió.

–Pero ¿por qué? –dijo Melissa–. ¿Por qué quieres compartirla con nosotras cuando te puedes quedar con todo?

–Porque tengo un plan –dijo Tommy.

–¿Qué clase de plan? –dijo Melissa.

–Ella –dijo Tommy y me señaló–. Ella es mi plan.

–Escuchadme –dijo Tommy–. La gente compra árboles, ¿no? Pero ¿qué es lo que de verdad están comprando?

–¿Arbustos? –dije.

–Tienes que pensar a lo grande –dijo Tommy–. ¿Qué es lo que necesitan nuestros clientes?

–¿Arbustos y verde decorativo? –dije.

–Más a lo grande –dijo Tommy.

Asentí. Luego negué con la cabeza.

–Chicas –dijo Tommy–. Vendemos un sueño. Lo que compran nuestros clientes es el espíritu navideño. Y ¿sabéis qué es lo que le provoca a la gente más espíritu navideño?

–¿Esto es un juego de preguntas o qué? –dijo Melissa.

Pero Tommy no la miraba a ella, me miraba a mí. Tenía los ojos azul claro.

–Sentirse bondadosos.

Nos contó que en Navidades a los mendigos no los dejaban en paz. Nos contó que la gente moderna ya no compra regalos de Navidad, compran cabras en África, nos contó que África estaba hasta arriba de cabras y que todo el mes de diciembre había cola en la Casa de Caridad, pero la cola no era de pobres, dijo Tommy, era de gente rica desesperada por encontrar a alguien a quien ayudar, *lo digo en serio*, dijo Tommy, *ya nadie quiere celebrar las fiestas con su propia familia, todo el mundo quiere celebrarlas con pobres y drogatas.*

Chupé la galleta de jengibre, se puso blanda, mojada y rica.

–¿Y sabéis qué historia le encanta leer a la gente en Navidad? –dijo Tommy–. *La pequeña cerillera*. Y supongo que recordáis de qué va, ¿no?

Me saqué la galleta de jengibre de la boca.

–De un árbol de Navidad –dije.

–De una niña hambrienta que se queda mirando un asado de ganso por la ventana –dijo Tommy, y golpeó la mesa con la cajita de tabaco de mascar y movió la cabeza en dirección a Melissa–. Por dios maldito, como dices tú. Eso es lo que la gente llama espíritu navideño.

–Sí –dije.

–Entonces, ¿sabéis a quién la gente tiene más ganas de ayudar en Navidad? –preguntó Tommy–. Pero ¿mucho mucho?

–No –dije.

–A niños delgados –dijo Tommy.

–¿Delgados? –dijo Melissa.

–*Yes* –dijo Tommy y me dio unas palmaditas en la cabeza–. Y aquí la tienes.

–¡Gavillas y centros! –gritaba yo–. ¡Centros y gavillas! ¡A beneficio de los niños pobres!

Era el día siguiente. Yo solo tenía que estar allí de pie, ese era mi trabajo, tenía que plantarme en la acera con una gavilla entre los brazos y atraer a los clientes al verde decorativo, solo tenía que parecer delgada, buena y pobre, y luego Tommy nos daría la mitad de su comisión, y Melissa dijo que ya nos podíamos ir olvidando de que la gente fuera tan tonta, pero se equivocaba.

La gente se paraba delante de mí todo el rato. Se detenían y sonreían y ladeaban la cabeza y sacaban la cartera. Había ancianas, había señoras jóvenes y el padre de Stella, llevaban guantes y bolso y les salía un vaho helado de la boca*, pero bueno*, decían, *unas buenas gavillas de las de antes, y una niña buena y dulce*, y yo sonreía y asentía con la cabeza y decía *la caja es por ahí*. Luego oscureció y entonces llegó Musse corriendo, llevaba la bonita cazadora vaquera, con borreguito en el cuello, se paró delante de mí.

–¿Estás aquí? –dijo Musse.

–*Yes* –dije yo–. Me ha salido un trabajo.

–Tú sí que tienes siempre suerte –dijo Musse–. ¿Vendes para los niños pobres?

–*Yes* –dije yo–. Bueno, un poco.

–Tú sí que eres siempre buena. –Sonrió y dijo–: Nos vemos en el colegio.

Yo también le sonreí y Musse siguió corriendo, y yo sabía lo que iba a decir en clase, *Macarronja trabaja, ¿me oyes?*, y yo seguí vendiendo, pero al final se me cansaron las piernas y entonces Melissa me llamó para que entrara en la caseta.

–Eres genial –dijo Melissa.

Había sacado mi cuaderno de la cartera, estaba haciendo cuentas.

–Doscientas –dijo–. Cuatrocientas, seiscientas, Macarronja, es una locura. Y está a punto de agotarse el verde decorativo.

Tommy entró y cerró la puerta.

–Chicas –dijo.

–Tommy –dijo Melissa–. Ronja es un genio en miniatura.

–Chicas –dijo Tommy, y tiró la riñonera donde guardaba el dinero encima de la mesa–. Esto va fenomenal, todo va fenomenal, pero ¿eso de los niños pobres? No sé muy bien si eso vale, la verdad.

–Pero si esa era la idea –dijo Melissa.

–Lo sé –dijo Tommy–. Y no pasa nada por mentir un poco. Pero es que está ahí plantada gritando una mentira por todo Tøyen.

A eso no respondimos.

–No vendemos para los niños pobres –dijo Tommy–. Vendemos para Abetos Eriksen. Y son Herman Eriksen y su señora los que se pasean por ahí en un descapotable, en Hadeland, en pleno invierno, es una idiotez de tal

calibre que no hay quien se lo crea.

–¿Y la cuestión es? –dijo Melissa.

–Bueno, la cuestión es –dijo Tommy–. Que no son pobres.

–Pero ¿nosotros? –dije.

–Nosotros ¿qué? –dijo.

A eso no respondí. Mejor que lo pensara un rato. Me miró con los ojos azul claro.

–Y encima tú vas a ser papá –dije.

–¿Crees que tu niño va a ser rico? –dijo Melissa.

–Y no querías comprar un cambiador de segunda mano, ¿no? –dije.

Tommy me miró, miró a Melissa, y volvió a mirarme.

–Pues ahora que lo decís…

Cogí una galleta de jengibre. Melissa repasó lentamente un signo de sumar en el cuaderno.

Tommy acabó por asentir.

–Seguiremos con esto –dijo–. Pero ¿podrías hacer un intento de gritar un poco más bajito?

Ese día ganamos doscientas cada uno. Al siguiente, trescientas cada uno y Melissa señaló las cifras en el cuaderno y dijo, *mira, aquí tienes tu árbol de Navidad*, al tercer día Tommy compró un cambiador por estrenar en Babyshop y su churri le dijo que era un ángel. Y todos los días, al salir del colegio, me iba corriendo a la gasolinera, me asomaba por detrás del surtidor de gasoil y si había una gavilla colgada de la esquina, era que Eriksen no estaba, entonces me acercaba corriendo y trabajaba. Y trabajar, eso es lo mejor que se puede hacer.

Cuando una trabaja, no hace falta pensar en nada, ni sentir nada ni preguntarse nada. Era como si no escuchara a la gente del cuarto de estar cuando la oía. Cuando veía a papá era como si no lo viera. Cuando decían *sonríe un poco, ¿vale, Ronja?*, pues yo sonreía, y ya está, y cuando papá decía *no te puse de nombre Ronja para que te criaras en Tøyen, los niños no deben vivir en un sitio en el que no se puede ver el cielo estrellado,* yo decía, *todo va a salir bien, papá*. Me iba al recibidor, cogía la chaqueta del perchero, porque tenía trabajo. Me gustaba sonreír a los clientes, me gustaban sus carteras, me gustaba decir, *pero ¿ya tienes todo lo que necesitas en verde decorativo?* Y en el portón del colegio el conserje me daba unas palmaditas en la cabeza y me decía, *¿por qué sonríes? Antes no estabas tan risueña,* pero yo solo sonreía, porque pensaba en centros y gavillas, y gritaba centros y gavillas y, cuando me cansaba, Melissa se daba cuenta al instante y me llamaba con la mano, decía que me sentara en la escalera, y Tommy iba a por cacao a la gasolinera, *porque eres una estupenda maquinita de hacer dinero*, decía, *tenemos que mantener nuestra maquinaria engrasada*.

Por la noche, cuando habíamos cerrado la caseta y hecho caja, Tommy me hablaba de otros vendedores de árboles de Navidad en otros lugares. Eran mucho peores que nosotros. Engañaban a las ancianas que no podían ver los números de la vara de medir abetos, vendían árboles que parecían nidos de rata. Y en Nittedal, dijo Tommy, allí estaban en guerra. Dos puntos de venta se llevaban a matar desde los años noventa.

–¿Sabéis lo que ocurrió allí? –dijo Tommy.

Negué con la cabeza. Melissa hacía torres bien altas con monedas de veinte coronas.

–Una noche, uno de los vendedores salió con el extintor –dijo Tommy.

–¿Por qué? –dije.

–¿Tú qué crees? –dijo Tommy–. Cuando el otro llegó al trabajo, estaba todo el chiringuito cubierto de espuma. Cien árboles directamente al vertedero. Pero ¿sabes lo que hizo el otro la noche siguiente?

–¿Qué? –pregunté yo.

–La noche siguiente salió con la motosierra –dijo Tommy.

Levantó el termo. Melissa alzó la vista de las monedas.

–¿Alguien quiere el resto del ponche? –dijo Tommy.

–Pero ¿qué hizo? –dijo Melissa.

–¿Tú qué crees? –dijo Tommy.

–¿Serró los árboles? –dije yo.

Tommy asintió. Echó el culito de ponche en mi taza.

–Y ¿sabéis quién trabajaba en Nittedal en los años noventa? –dijo.

–¿No? –dije yo.

–Sí –dijo Tommy–. Era un tal Herman Eriksen, ya te digo.

Llegó un día que brillaba el sol. Yo estaba sentada en la escalera. Melissa estaba junto a un palé de abetos de montaña y quitaba las mallas, iba deprisa, porque los árboles estaban secos y suaves. Tommy había ido a comprar cacao, en un abeto blanco piaba un carbonero. Cerré los ojos. Ese sonido me recordaba a la primavera. El sol me iluminaba los párpados, todo se tiñó de rojo. Apoyé la cabeza en la puerta y mis pensamientos iban a transformarse en sueños, ese pájaro piaba como si fuera un sueño.

–¡Eh tú! –gritó una voz.

Abrí los ojos.

Y ahí, justo delante de mí, estaba Eriksen.

Melissa se enderezó. Eriksen me daba la espalda, una espalda bajita y ancha. Miraba a Melissa y me señalaba con el pulgar por encima del hombro.

–¿Por qué está esa ahí sentada? –dijo.

–¿Quién? –dijo Melissa.

–Esa de ahí –dijo Eriksen.

Quise ponerme de pie. Quise echar a correr. En realidad, quería desaparecer. Dios mío, pensé, no quiero ser Ronja, quiero morirme, no quiero estar sobre un globo terráqueo y dar vueltas por el universo, Dios mío, haz que todo esto desaparezca ahora mismo.

–¿No es una escalera? –dijo Melissa–. ¿Estás en contra de que la gente se siente en una escalera?

Tommy salió de la gasolinera. No nos había visto, sostenía una taza de cacao en una mano y en la otra bailaba una bolsa de bollos. Entonces descubrió a Eriksen y dejó de balancear la bolsa. Se dio prisa, llegó y se colocó junto a Melissa. Se mordió el labio.

–Tommy –dijo Eriksen–. La gente dice que aquí trabaja una niña.

–Ah –dijo Tommy–. La gente dice de todo.

El pájaro saltó al suelo y ladeó la cabeza.

–No hay tanta gente que diga de todo –dijo Eriksen–. Y la gente dice que en Abetos Eriksen trabaja una niña. Vienen a mí y me dicen *le compré una corona a esa niña tan rica*, y al principio yo digo *no puede ser, habrá sido en otro sitio*, pero entonces me dicen *junto a la gasolinera, ¿no es ese tu puesto?*

–Ajá –dijo Tommy señalando a Melissa con un movimiento de cabeza–. Así te va cuando empleas a gente de dieciséis años.

–Sí, *sorry* –dijo Melissa sonriendo–. La gente se cree que tengo doce años.

Eriksen la miró.

–Trece –dijo ella.

–Escuchadme bien –dijo Eriksen–. Vosotros sabréis lo que hacéis. Pero no quiero volver a verla por aquí. En Abetos Eriksen no nos dedicamos al trabajo infantil.

–Vale –dijo Tommy.

Eriksen se volvió hacia mí. Me puse de pie.

–Ya me has oído –dijo Eriksen–. No te quiero ver por aquí.

–Vale –dije.

–Esto no es una casa de acogida ni un centro para refugiados o lo que sea –dijo.

–No –dije.

–Entonces ¿te vas a casa? –dijo Eriksen.

–Sí –dije–. Ya me voy.

Me fui a casa. Me había quedado sin trabajo. Subí por la escalera de incendios. Al llegar arriba abrí la puerta, pero ahí vi a Aronsen, plantado en mitad del pasillo, delante de nuestra puerta que estaba abierta y oí lo que estaba diciendo.

–Me parece que aquí las cosas se han desmadrado –dijo Aronsen.

Me quedé quieta. Era como si me hubiera vuelto completamente plana. Como si fuera una muñeca recortable, pero ya nadie me sujetaba y oí la voz de papá.

–¿Qué sabrás tú de desmadres? –dijo papá–. ¿No eras un viejo auditor?

Se oyó un barullo en nuestro recibidor, puede que el perchero se hubiera caído.

–Vaya –dijo Aronsen.

Al cabo de un rato sacudió la cabeza.

–Bueno, pues por lo menos ya conoces mi opinión –dijo.

Cerró la puerta, se giró y me descubrió.

–Hola –dijo Aronsen.

–Hola –dije.

–Y tú vuelves a casa –dijo Aronsen.

Asentí con un movimiento de cabeza.

–¿No querrás venirte un ratito a mi casa? –dijo.

–No voy de visita a casa de desconocidos –dije.

–No –dijo Aronsen.

Yo no podía ir a ningún sitio mientras él estuviera ahí plantado en medio del pasillo. Con ese pelo blanco encima.

–¿Dónde está tu hermana? –dijo Aronsen.

–En el trabajo –dije yo.

–¿Y tú vuelves a casa? –dijo, y yo no soportaba que me mirara de aquel modo, no soportaba que dijera esas cosas ni que las pensara siquiera.

–No –dije–. Solo iba a dejar esto en casa.

Anduve por el pasillo. Dejé caer la mochila en el felpudo. No miré en dirección a Aronsen, me limité a seguir caminando hasta la otra salida de incendios, abrí la puerta y desaparecí.

Pero no desaparecí. No se puede. Me quedé ahí con la mirada clavada en el rojo de la puerta contraincendios y no supe adónde ir.

Y llegaron días de esos. Y no soporto a esa gente del sofá, no soporto que Sonja diga *anda, pero si aquí llega Ronja* y que ella también había tenido una hija, y no soporto escuchar que esa hija es secretaria de un doctor y nunca tiene tiempo para Sonja. Y no aguanto el ruido que hace papá al vomitar, al día siguiente tengo la cabeza ida y me voy al colegio, intento prestar atención, pero no hay nada a lo que prestar atención, solo bollos y canciones en honor a santa Lucía. Y Musse dijo *mejor pones la canción de san Musse*, *¿no?*, pero no me reí. Luego nos dieron una nota con la hora a la que empezaba la fiesta de santa Lucía, y no parábamos de cantar «Bella es la Tierra» y todo el rato hablaban de la túnica de santa Lucía y no me gustaba nada y en el recreo corto Musse me dijo *ya no te veo en el puesto ese de abetos de Navidad*, y no me gustaba nada, y en el recreo largo me quedé en el portón, hacía frío pero no había nada de nieve, y el conserje me preguntó si quería börek, pero no tenía hambre, hice migas el börek para la ardilla, pero la ardilla parecía estar triste, no me extraña, no mola nada ser la única ardilla de Tøyen. Y uno de esos días que estaba así, llegó papá caminando.

Asfalto y sol, solo era el asfalto de siempre y sol. Solo eran las doce. Pero papá no caminaba bien, me ardía la cara, me entró mucho frío, y entonces me descubrió. Sonrió, levantó la mano. Yo también tuve que levantar la mano. Pero todo el mundo puede mirar por ese portón. Entonces pensé: *córtame la cabeza*. Venid a mí diluvios, incendios y tormentas, que el agua suba y llene las calles, o que todo arda, porque entonces no me dará tiempo a pensar en La puerta de las estrellas y nadie tendrá tiempo de pensar en nosotros, porque todos estarán corriendo por Tøyen, huyendo de árboles en llamas y objetos que caen, ¿por qué no corre todo el mundo llevando a sus hijos a la espalda?

Pero el sol se reflejaba en la acera. Los niños gritaban *melón, melón, tú serás un buen ladrón, sandía, sandía, tú serás un buen policía*. El conserje exhaló el humo al cielo. Papá se detuvo en mitad de la calle y sonrió y saludó con la mano. Luego siguió caminando, pero andaba raro, parecía que se había hecho pis. Contuve la respiración. Porque ¿qué iba a decir yo? ¿Qué podía decir el conserje? ¿Qué dirían los demás? Y papá no paraba de saludar con la mano, ese saludo no acababa nunca. Entonces ocurrió algo a su espalda. Papá se dio la vuelta. Al principio no vi nada. Luego lo vi.

Era el perro del mujerón. Saltaba sobre las piernas de papá. Luego llegó el mismísimo mujerón. Allí, de pie en el paso de peatones, le decía algo a papá. Papá me señalaba con el brazo oscilante. El mujerón negó con la cabeza. Pasó el brazo por los hombros de papá y lo puso de espaldas a mí.

Así se marcharon. Los tres. El mujerón empujaba a papá con una mano y sujetaba la correa del perro con la otra. Así fueron hasta la esquina del centro

comercial y desaparecieron.

Miré hacia el patio del colegio. La gente corría alrededor de los columpios y reía y gritaba. Me apoyé en el portón. Era como si acabara de tener Gimnasia. El corazón me latía en los oídos. El conserje apagó el cigarrillo en su lado del portón.

–No tienes nada de lo que avergonzarte –dijo.

Guardó la colilla en la cajetilla.

–¿Eh? –dije.

–El rey Alcohol es un amo duro de servir.

Pero no soporto que la gente vea cosas y diga cosas de las cosas. No lo soporto. No soporto que piensen cosas y recuerden cosas y sepan cosas.

–Eso no tiene nada que ver contigo –dijo el conserje–. Todo el mundo lo entiende.

–No sé de qué me hablas –dije–. Tú, que ni siquiera hablas bien el noruego.

El conserje miraba al frente. El recreo duraba y duraba. Los pensamientos se me enredaban en la cabeza. El conserje no decía nada, solo se metió las manos en los bolsillos. Pero todo se me había atado dentro con un nudo enorme. Sonó el timbre. Atravesé el portón. Entonces el conserje me puso la mano en la cabeza. Me detuve.

–Macarronja –dijo.

Me dio unos golpecitos en la cabeza. Como si llamara a una puerta.

–¿No tienes un gorro en casa? –dijo el conserje–. Empieza a hacer frío.

Esa noche no pude dormir. Oí a papá en el baño. Luego apareció en el umbral de la puerta y dijo *me voy a dar una vuelta*. Se marchó, no echó la llave, oí sus pasos en la escalera de incendios. Me levanté y fui a cerrar. Quisiera ser ciega, sorda. Volví a acostarme. Pero lo único que se puede hacer es cerrar los ojos. Cerré los ojos, pero los pensamientos seguían allí, tendría que ser tonta, padecer muerte cerebral. Después de un largo rato oí que Melissa abría la puerta de la calle. Oí cómo tiraba la mochila, oí el agua de la ducha, y luego entró dejando caer la toalla al suelo.

–Hola –dije.

–Pero ¿qué haces despierta? –dijo.

Se sentó al borde de mi cama. Su cabello goteaba en el edredón.

–¿Qué pasa? –dijo.

–Hago muchas tonterías –dije.

–Los niños hacen tonterías todo el rato –dijo Melissa–. Es como tiene que ser.

–Y santa Lucía –dije.

–Ah, sí –dijo–. ¿Es mañana?

Tenía los ojos brillantes, son tan bonitos. Miró por la ventana, el estor descolgado.

–No te preocupes por eso –dijo Melissa–. Yo me ocupo. Cuando despiertes estará todo arreglado.

–Pero ¿cómo? –dije.

–Sé que tengo esa túnica –dijo–. Está en el desván. O en el armario. La buscaré mañana temprano.

–Gracias –dije.

–Y ¿seguro que quieres que vaya a verte? –dijo levantándome el pelo.

Recordé cuando ella hizo el desfile de santa Lucía. La procesión de Lucía iba por los pasillos y yo estaba con papá delante de la clase de marquetería, estaba oscuro, ella no iba la primera, pero a pesar de eso era la auténtica Lucía, todo el mundo lo sabía. Ella era la única que cantaba como tiene que ser, el resto de las voces solo iban colgadas de la suya. Cuando pasó frente a nosotros, me guiñó un ojo. Luego desaparecieron escalera abajo y la madre de Meron se volvió hacia papá y le dijo *estarás orgulloso... Tienes motivos.* Y papá respondió, *gracias, pero eso no lo ha heredado de mí.*

–Hum –dijo Melissa–. ¿Quieres que vaya?

–Para nada –dije.

–Puedo pedir día libre –dijo.

–No –dije–. No lo hagas.

–Puedo decir que estoy enferma –dijo, volvió a levantarme el pelo y lo dejó caer poco a poco entre los dedos–. Tienes un pelo muy bonito.

–No, no –dije–. Entonces no te pagarán nada.

–Vale –dijo ella–. Pero por lo menos tienes la túnica. ¿Quieres tumbarte en mi regazo?

Me acurruqué en su regazo y sentí llegar el sueño. Y recuerdo cuando estuvimos en el camping El Castor y papá pasó un verano abstemio y solo bebía té delante de la tienda de campaña y Melissa hizo una amiga y nos sentábamos delante del quiosco y desenvolvíamos los chicles. Siempre me dejaban ir con ellas. Los chicles tenían un envoltorio rosa y dentro del paquete traían pegatinas de distintas razas de perros. El sol se ponía tras las copas de los árboles. La amiga tenía pecas por toda la cara y decía cosas inteligentes: *qué es un alma en realidad*, decía, y *la gente dice que el espacio es infinito, pero ¿cómo puede algo ser infinito?*

Nos hacía pensar en toda clase de cosas. En un lugar muy lejano del universo y en las profundidades del cerebro: *sabéis cuál es el problema para nosotros los humanos,* decía, *somos bastante listos como para preguntar, pero demasiado tontos para responder.* Me daban todas sus pegatinas. Ellas compraban ese chicle por el sabor, pero yo lo compraba por los perros, pensaba en esos perros todo el rato. El chicle olía a fresa, y la amiga decía:

–Si pudierais elegir entre pasar todo el tiempo durmiendo o todo el tiempo despiertas, ¿qué elegiríais?

–Dormir –dijo Melissa.

–¿Lo dices en serio? –dijo la amiga.

–Por supuesto –dijo Melissa–. ¿Librarme de todo el follón? Por supuesto que lo digo en serio.

–Pequeñina –dijo Melissa–. Despierta.

Abrí los ojos. Estaba oscuro y la vi frente a mí con algo blanco entre las manos.

–Te dije que lo arreglaría –dijo–. Aquí la tienes.

Me incorporé. Hacía frío, mi corazón latía con fuerza.

–¿Es la túnica de Lucía? –pregunté.

–Solo está un poco arrugada –dijo Melissa–. Ve donde Aronsen y pregúntale si te la puede planchar.

–¿A Aronsen? –dije.

–Sí –dijo–. Si alguien tiene una plancha, es él.

–Pero ¿podrías llamar a la puerta por mí? –dije.

–Ronja –dijo–. Tengo Gimnasia a primera y antes tengo que montar la exposición, estoy a punto de perder la calificación en Gimnasia por las faltas de asistencia. Por favor. Eres capaz de llamar a una puerta.

Me vestí deprisa, a oscuras. Cogí la túnica y atravesé el cuarto de estar, papá dormía en el sofá, olía mal. Crucé el pasillo y llamé a la puerta de Aronsen, él abrió, y en cierto modo parecía kilométrico, tuve que echar la cabeza hacia atrás. Sostenía una taza de café en la mano.

–Perdón –dije–. ¿Me podrías planchar mi túnica de Lucía?

–¿Planchar? –dijo–. ¿Ahora?

–Sí –dije.

–A las seis de la mañana –dijo.

–Sí –dije–. Pero es que es hoy es el día de santa Lucía –dije.

Levanté la túnica hacia él. Tenía frío, el pasillo estaba helado y muy luminoso y silencioso. Iba bien peinado. Parecía que llevara tiempo despierto.

–Como verás necesita un planchado.

Me sacó la túnica de las manos.

–Tiene pinta de necesitar una pasadita, sí –dijo–. Pasa, anda, y veremos.

Entré a su recibidor. Oí a Melissa, bajaba corriendo por la escalera de incendios. Levanté la vista porque era Aronsen el que había escrito la nota esa, *se ruega utilicen la escalera principal*, pero tenía la cara de siempre y no dijo nada, se limitó a cerrar la puerta detrás de mí.

–Sí –dijo–. Será mejor que vengas a la cocina.

Llegamos al cuarto de estar, tenía moqueta, pasó por la puerta de la cocina.

–Por favor, toma asiento –dijo Aronsen.

Me senté. No se me ocurrió nada que decir. Una cortina de encaje cubría la ventana, en la calle lucían las farolas y a la altura del centro comercial vi a Melissa, corría, la mochila rebotando en la espalda. Aronsen abrió un armario alto y bajó una tabla de planchar. Llenó la plancha de agua, el asa del grifo parecía una flor. Luego empezó a planchar. Planchaba con el pico de la plancha. Parecía que iba a repasar cada una de las blondas.

–Puestos a hacerlo, hagámoslo bien –dijo Aronsen.

Asentí.

–Es lo que tiene planchar –dijo Aronsen.

Asentí de nuevo. La plancha olía dulce. Al cabo de un rato dijo:

–¿Tienes que estar en el cole a las ocho y media?

–Sí –dije–. Hay ensayo general. Y luego la función.

–¿Cuándo es? –dijo Aronsen.

–A las cuatro –dije–. Puedes venir si quieres.

–Bueno, gracias.

Dio la vuelta a la túnica de Lucía y la levantó.

–¿Has desayunado? –dijo Aronsen.

–Sí –dije.

Estaba detrás de la túnica, no le veía la cara.

–Pero ya hace un rato –dije.

–Ah, entonces ¿a lo mejor es hora de comer una rebanada de pan? –dijo Aronsen–. Encontrarás todo en ese cajón de ahí.

Así fue esa mañana. Rara. Estaba sentada a la mesa, gris y brillante. Y comía rebanadas de queso con comino y embutido de salchicha, *sírvete lo que quieras*, dijo, tenía pan integral cortado en rebanadas, eso me encanta, y planchaba tan despacio, las mangas, cada pliegue y cada esquina, el cielo se volvió rosa sobre el centro comercial y yo comí una rebanada detrás de otra, porque cuando alguien me dice *sírvete lo que quieras*, como lo que quiero. Miré el reloj encima de la puerta. Los segundos pasaban.

–No hace falta que estés pendiente de la hora –dijo Aronsen–. Soy un hombre puntual.

En lugar de eso, miré por la ventana.

–Bueno, ¿en qué consiste eso del día de santa Lucía? –preguntó Aronsen.

De repente me entraron ganas de hablar, sería por el embutido de salchicha, le conté que los bollos eran gratis y que Musse los llamaba *Mussebollos*, le conté que el conserje se había comprado un reflector y cuando cantáramos «Bella es la Tierra» iba a iluminarnos uno a uno.

–Y es mi canción favorita –dije.

–Un clásico –dijo Aronsen.

Cuando me marchaba, me dio una percha para llevar la túnica.

–No tiene sentido planchar algo que va a arrugarse en una mochila –dijo.

Se quedó en el pasillo sujetando la túnica mientras yo iba a por la mochila. Eché la llave a nuestra puerta y Aronsen me dio la túnica, y yo fui por el pasillo con ella, como si fuera un estandarte o un escudo. Desprendía una luz blanca. La sujetaba muy alto. Cuando me la puse en el vestuario del gimnasio antes del ensayo general, fue como si todavía conservara un poco de calor.

Pero entonces llegó la tarde. Y el mundo no deja de ser el mundo, con aceras, columpios y padres que vienen con galletas de jengibre dentro de una lata. No sirve cambiarse la camiseta por una túnica de santa Lucía. No sirve que el profesor vaya colocando espumillón plateado en las cabezas y diga *qué bien te queda*. Porque siempre queda la esperanza para estropearlo todo, era incapaz de sacarme esa esperanza idiota de la cabeza. Stella llevaba una cinta roja alrededor de la barriga, yo estaba detrás del telón y oía a los padres en la sala, bebés que lloraban, las sillas que cambiaban de lugar y Stella se inclinó hacia mí, *oigo a los gemelos*, dijo, *los que están llorando son los gemelos.*

El conserje tiró del cordón. El telón subió. Y allí estaba yo mirando. Una cara y la siguiente, ninguna de ellas era la de papá, claro, así que para entonces ya lo sabía seguro, pero no paré, fui capaz de mantener la esperanza a pesar de todo. Porque siempre se puede llegar tarde. Siempre puede uno despertarse de pronto y ver esa nota pegada al frigorífico y correr sin parar hasta llegar al colegio o haberse agachado un momento entre las sillas para atarse los cordones. Así que yo seguía mirando, y las manos saludaban y los flashes brillaban, pero por fin, por fin, el conserje giró todas las luces hacia el escenario. Ya no pude ver nada más.

*La noche cae oscura,* cantamos, *en el establo y el hogar*. Y yo canté, lo hice, pero me dolía la garganta, *como un espejismo resplandeciente*, canté, *como un espejismo resplandeciente* y entonces el profesor de música dio un paso al frente y dijo *ahora vamos a escuchar el que muchos consideran el villancico más hermoso de todos, y es «Bella es la Tierra»* y el conserje estaba junto al telón, se llevó la mano al corazón y me guiñó un ojo. A veces no se entera de nada. Porque esa canción no es bonita cuando te has quedado sin trabajo, y tuve que acordarme de papá, cuando dice que el mundo está estropeado, pero yo no estoy de acuerdo de verdad, porque me parece que esa canción es bonita de verdad, y me acordé de cuando nos bajamos en la isla que no era y llegamos a un lugar repleto de anémonas azules, y me acordé del camping El Castor, donde uno podía ir a la playa a ver la puesta de sol y todo el mar se ponía rosa, y me acordé de la cabaña del bosque, cada vez que parpadeaba me acordaba de ella. Melissa dice que tengo demasiada imaginación, pero no son imaginaciones cuando existe de verdad, ha ocurrido, estuvo ingresado en Soltunet todo el verano y se había curado, trabajó en la panadería todo el otoño y era rico, y llegó el invierno y cogimos el autobús para ir muy muy lejos de la ciudad, y caminamos muy muy adentro del bosque y en las profundidades estaba la cabaña que había alquilado, y llevaba un grueso jersey de lana, y quitó la nieve de la puerta a paletadas, y entramos, y cuando abría la puerta por las mañanas gritaba *¡Hola, carbonero! ¡Hola,*

*ventisquero! ¡Hola, cielo!* Sí, porque los carboneros me parecen bonitos, y bonitas las ciudades y el césped, cuando Aronsen olvida quitar las malas hierbas del triángulo de pradera que tenemos delante del bloque y la hierba está amarilla de tantos dientes de león, es bonito, pero es triste cantarlo, y entonces llegó el foco. La luz nos iba dando de uno en uno. En la sala la gente empezó a susurrar los nombres de todos sus niños. Susurraban muy alto. Y la luz llegó a Meron, oí la voz de su madre, y cuando la luz llegó a Musse, la luz llegó a Stella, y entonces, entonces la luz me llegó a mí.

Pero nadie ve una nota y deja de beber así, por las buenas. Y no lleva tanto tiempo atarse los cordones. Así que nadie susurró Ronja, nadie susurró La hija del bandolero, nadie susurró y nadie gritó y ningún flash hizo flash, y el reflector me deslumbró y así pasaron dos mil años y yo era incapaz de no recordar cómo me sonreía por debajo del agua en verano, y cuando me tumbaba en la roca, cómo dibujaba en mi espalda con una pajita, y la cabaña del bosque, cómo cerraba la puerta con un gancho y decía que esa noche ya nadie iba a salir, y por fin, por fin la luz se apartó de mi cara, pero llegó la parte larga que era solo musical. Y el conserje empezó a iluminar al público. Entonces tuve que volver a mirar. No quería, pero así son mis ojos, es imposible detenerlos. Iban de cara en cara. Los vi a todos. Un padre que levantaba su cámara. Una madre que lloraba y se secaba la cara. Un señor mayor, con la espalda muy recta, con camisa y corbata. Y el señor mayor cerró los ojos cuando le dio la luz, y el señor mayor no lloraba, y no saludaba, y no sonreía, y el señor mayor era Aronsen.

Toda la luz volvía a estar sobre nosotros. Empezó la última estrofa. Mi cuerpo ligero, *Paz en la Tierra*, cantaba yo a voz en grito, porque ya no me dolía nada la garganta, *hombres gozadla*, gritaba yo y Stella me miraba fijamente, pero no me importó, se acabó la canción, llegaron los aplausos y yo saludé con la mano. Aronsen me miró de frente, saludó con un movimiento de cabeza. Yo levanté la otra mano y saludé con las dos. Entonces saludó con la cabeza otra vez.

–¿A quién saludas? –dijo Stella.

–A Aronsen –dije yo.

–¿Quién es? –dijo Stella.

–Es mi abuelo –dije.

–¿Llamas a tu abuelo por el apellido?

–Sí –dije–. Es costumbre en nuestra familia.

Me bajé del escenario. Olía a café. La gente tenía adónde ir, pero yo también. La túnica de santa Lucía se movía a mi alrededor mientras avanzaba y Aronsen estaba junto a la fila de sillas, alto como un faro, se le veía desde todas partes.

–Ha estado muy bien –dijo.

–Gracias –dije.

–Tiempos han de venir –dijo Aronsen–. Muy cierto.

Los niños pequeños revoloteaban a nuestro alrededor, arrastraban las sillas, la gente hablaba, pero nosotros nos quedamos allí. No dijo más. Me dio vergüenza mirarle a la cara así que puse los ojos en su barriga.

–Queda bien la corbata con estrellas –dije.

–Sí, gracias –dijo Aronsen.

–¿Es corbata de Adviento? –pregunté.

–Perdón –dijo Stella.

Me di la vuelta. Allí estaba. Llevaba un bollo en la mano. Detrás vendrían sus amigas, siempre estaban ahí, no me hizo falta comprobarlo.

–Perdón –dijo–. ¿Es verdad que eres el abuelo de Ronja?

Aronsen bajó la mirada hacia mí. Abrió la boca. Yo cerré los ojos. Pensé en los días de colegio por venir. Estuve en casa de Stella una vez, sé todo lo que tiene. Chalé de madera. Dos terrazas y tres gatos, su nombre significa «estrella» y lo dice todo el rato, y todo el rato lleva a alguien a su casa, y su madre la recoge todos los días a las dos, los gemelos allí tumbados con un peluche de conejito cada uno y todo el mundo quiere asomarse al carrito, ¿por qué no podía dejarme tener un abuelo cuando ella tenía todo eso? Pero, de todas formas, ¿por qué había mentido yo? Tomé aire, pensé *please, please, please* y miré entre las pestañas, pero Aronsen ya no me miraba, se estiró la

corbata, un poco por debajo del nudo.

–¿Por qué lo preguntas? –dijo.

–Porque lo dijo Ronja –respondió Stella–. Pero entonces es como un poco raro que no hayamos oído hablar de ti.

–Ya comprendo –dijo Aronsen–. ¿Y tú querías saber la verdad?

–Me gustaría –dijo Stella.

Sonrió.

–Puede que tenga un motivo para no contártelo todo –dijo Aronsen.

–¿Eh? –dijo Stella.

–A lo mejor mi nieta prefiere hablar con otras personas... –dijo Aronsen.

Stella abrió la boca. Sentí que amaba a Aronsen. Amaba su camisa y su corbata y su altura tan alta, y todos los avisos que había colgado y todas las veces que había tocado a la puerta, ojalá fuera el director del colegio, o Dios, ojalá fuera el presidente de la cooperativa.

–¿Alguna pregunta más? –dijo Aronsen–. ¿O hemos acabado por aquí?

Stella seguía allí. Con la boca abierta y el bollo colgando de la mano.

–Creo que aquí hemos acabado –dije.

Aronsen asintió con un movimiento de cabeza.

–Ven, nieta –dijo–. Necesito una taza de café.

Entonces nos fuimos. Nos dirigimos a la mesa de los pasteles, porque allí habíamos acabado, y el mundo entero olía a café, y en mitad de tanta gente Aronsen se detuvo.

–Un momento –dijo.

Acercó las manos a mi cabeza. Luego me dio un par de palmaditas en la coronilla.

–Así está mejor –dijo–. Es que el espumillón se te ha ladeado un poco.

Así comenzaron los días felices. Porque al día siguiente Eriksen se marchó a Moss, tenía que ayudar a su hermano con las ventas y quedarse hasta bien entrada la semana, y Tommy llamó a Melissa y le dijo que yo podía volver, podía estar calentita en la caseta, hacer los deberes y vender todo lo que quisiera, *porque yo también sé algo de padres, sí,* dijo Tommy. De la esquina colgaba la gavilla, el foco brillaba y las ramas estaban cubiertas de escarcha, así eran los días felices, yo anunciaba a gritos centros, gavillas y niños pobres, y cuando me entraba frío me sentaba con la carpeta de los deberes a la mesa de camping. Me encantan las mesas de camping. Los deberes iban de emperadores, de Calígula y Nerón y otro más, la gente los odiaba a todos y a mí me encanta que la gente odie a la gente, en la radio hablaban de una tormenta que venía de camino, se llamaba Gudrun y se acercaba cada vez más desde algún lugar del norte, y a mí me encantan las tormentas, y me encantan el ponche y el dinero, y por las tardes nos tomábamos un descanso, y Tommy iba a comprar rosquillas. Luego nos sentábamos a comerlas en la caseta. Todavía estaban calientes y la grasa las hacía brillar.

–¿Os cuento lo de cuando mi churri se quedó embarazada? –dijo Tommy.

–¿O a lo mejor no? –dijo Melissa.

–Eso no –dijo Tommy–. Escuchad.

–El tal Alfred –dijo Tommy.

Echó la silla de camping hacia atrás y apoyó la nuca en la pared.

–Sí –dije yo–. Lo conocemos.

–¿Ah, sí? –dijo Tommy.

–Bueno, en cierto modo –dije.

Melissa abrió un abanico de billetes de cien sobre la mesa.

–El caso es que es un tipo curioso –dijo Tommy–. En junio estábamos despejando unas zonas de bosque en Enebakk, y una vez nos sentamos en un tronco durante un descanso, y entonces dijo *bueno, felicidades, colega, vas a ser papá*. Pero yo no iba a ser papá, así que me limité a responderle *¿qué dices, tío?* Pero no me contestó, se limitó a bajarse de un golpe los cascos contra el ruido y arrancó la sierra. Pero ¿sabéis qué? Cuando llegué a casa, mi churri estaba embarazada.

–¿Eh? –dije.

–Estaba embarazada –dijo Tommy y volvió a echar la silla hacia delante–. Había hecho pis en un palito de esos.

–*Too much information* –dijo Melissa.

–Pero ¿cómo lo supo Alfred? –dije.

Tommy se encogió de hombros.

–No sé –dijo–. Pero fue él quien me lo contó. Supongo que es así. Clarividente.

–Sí, ¿como si fuera el arcángel Gabriel? –dijo Melissa–. ¿Dijo por las buenas *Tommy, hijo de David, vas a ser padre*?

Pero Tommy sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza, Melissa se apartó retorciéndose y le dijo que tenía los dedos pringados de grasa, pero entonces él le pellizcó la mejilla y dijo:

–Te crees muy lista, Melissa mía. Pero hay más cosas entre el cielo y la tierra que comisiones y verde decorativo.

En ese momento vi a Aronsen entre los abetos de montaña.

Tiré la rosquilla encima de la mesa y salí corriendo, me resbalé en el hielo y derrapé delante de él, de mi boca salía un vaho blanco.

–¡Aronsen! –grité–. ¿Abeto blanco o corriente?

–Vaya, vaya –dijo Aronsen–. ¿Andas por aquí también?

–Tengo que estar aquí porque trabajo aquí –grité–. ¿Buscas un árbol?

–Bueno –dijo Aronsen–. En realidad más bien venía a por verde decorativo.

–Uy –dije–. Sabes que se dice verde decorativo.

Pero entonces recordé que era vendedora y dije:

–En ese caso seguro que querrás que te aconseje.

Le cogí por el codo y lo llevé hasta el expositor. Y Aronsen asintió con la cabeza y dio las gracias y observó los centros y yo fui a por la hoja informativa y le enseñé los precios para que viera que no lo engañaban, *ves que eso es un rosetón de musgo*, dije, *y aquello una corona clásica.* Y Aronsen escogió los que yo le recomendé, uno para él y otro para su hermana. Luego carraspeó.

–Sí –dijo–. Y también necesito una corona funeraria.

–¿Se ha muerto alguien?

–Muchos –dijo Aronsen–. Pero esta es para la señora Aronsen.

–Uy –dije.

–Pues sí –dijo Aronsen.

Pero le duele la espalda, a todos los viejos les duele. Cuando se marchó iba tambaleándose, con un centro en cada mano y la corona debajo del brazo. Era como si no le quedara equilibrio en el cuerpo.

–Para –le dije–. ¡Eso es peligrosísimo!

Corrí detrás de la caseta a buscar el cubo de la gravilla.

–¿Hacia dónde quieres ir? –dije.

–Supongo que hacia allí –dijo Aronsen.

Entonces levanté la pala y eché gravilla delante de sus pies. Y por cada paso yo levantaba la vista y sonreía. Y por cada paso él me devolvía la sonrisa. Así fuimos, *vamos a tomárnoslo con mucha calma*, dije yo, y la gravilla crujía cuando tocaba el suelo, *no hay por qué estresarse*, dije, y seguí esparciendo, todo el camino hasta la acera, y allí me saludó con un movimiento de cabeza y dijo *menuda atención al cliente.*

Sí, esos fueron los días felices. Porque cuando volví a entrar, Tommy estaba hablando por el móvil, puso el altavoz y escuché a Eriksen, decía que tenía problemas en Moss, no habían llegado los abetos blancos, y ahora tenía que recorrerse todo Østfold para encontrar arbustos, *puede que no me quede más remedio que pasar la noche aquí*, dijo Eriksen y Tommy dijo *uf, vaya, uf, vaya*, y me hizo un choca esos cinco y cuando colgó nos preguntó si podíamos empezar con algo que llevaba tiempo pensando.

–Servicio a domicilio –dijo Tommy y sonrió.

−¡Árbol de Navidad a domicilio! −grité−. ¡Árbol de Navidad a domicilio, oferta navideña!

Melissa dijo que me pusiera el abrigo, pero no me hacía falta, solo con la sudadera estaba muerta de calor, y mi respiración salía blanca y el corazón me latía deprisa, porque Tommy llevaba razón, a la gente de hoy en día le encanta el servicio a domicilio. La gente de hoy en día es pusilánime y cursi y no soporta cargar con el árbol hasta casa y no quiere que se le llene el coche de agujas de abeto, y no es que seamos tontos, que no se diga, yo sonreía ladeando la cabeza y Melissa hablaba con la gente de hoy en día y decía *de hecho, hoy tenemos una oferta de servicio a domicilio, ¿le podría interesar?* Y Tommy cargaba árboles en su coche y se ponía en marcha y ganábamos un montón de dinero y comprábamos montones de comida, y en el colegio la ardilla estaba encantadísima, porque yo tenía galletas de chocolate en la fiambrera, la ardilla daba saltos alrededor de mis pies y ponía boca de sonrisa.

Melissa también estaba contenta. No quería decirlo, pero yo lo notaba. Por la noche cortaba lonchas de queso en la encimera y decía *ay, mi espalda, ay, las manos, por dios maldito, tengo agujas de abeto hasta en las bragas,* pero luego se sentaba a la mesa y le echaba Nesquick a la leche. *Me gusta estafar*, decía, *siempre me ha gustado,* y al final se pasaba media hora en la ducha y decía *calefacción central. Eso sí que es un regalo de Dios a la humanidad.*

–¿Tú por aquí? –dijo el conserje.

Era el último día de colegio. Yo estaba delante del portón pensando en el dinero. Pensaba en el regalo de Navidad que le iba a comprar a Melissa, manoplas térmicas, supercalentitas, y en mi interior todo daba saltos, pero yo estaba donde siempre, contesté lo que siempre solía contestar.

–Sí –dije.

–¿Sabes que está prohibido? –dijo el conserje.

–Las reglas están para incumplirlas –respondí yo, y entonces él encendió un cigarrillo e hicimos toda nuestra rutina de lo que estaba permitido y lo que no, pero no dijimos nada más.

Ese día todo estaba muy oscuro. Las calles silenciosas, era la calma que precedía a la tormenta Gudrun. La punta del cigarrillo brillaba roja en la extraña oscuridad. Nos acabamos el börek. La ardilla acudió a sentarse a mis pies.

–Bueno, Ronja –dijo el conserje–. Pues ya estamos de vacaciones de Navidad.

Asentí.

–¿Qué vas a hacer? –dijo.

–Trabajaré un poco –dije.

–Bueno, ¿has sabido algo de Alfred? –preguntó.

Negué con la cabeza. El conserje se giró y tosió un rato largo. Cuando se volvió, tenía los ojos raros, húmedos. No supe qué decir.

–La ardilla está en forma hoy –dije.

Entonces sonó el timbre para volver a clase. El conserje me puso la mano en la cabeza y dio unos golpecitos. Como si llamara a una puerta.

–Adiós, Ronja –dijo muy serio.

–¿Qué? –dije yo–. ¿Por qué lo dices así?

–No, bueno, ¿por qué? Será que soy el hombre más melancólico de los Balcanes.

Llegó la víspera de la víspera de Nochebuena. Cuando desperté Melissa se había ido. Papá estaba sentado en el sofá moviendo la cabeza de un lado a otro. Pero era como si yo llevara puesta una armadura. Me limité a decir *hasta luego, papá*, y pasé por su lado, respirando por la boca, luego salí al recibidor, me puse los zapatos, y en el pasillo volví a respirar con normalidad, y ahí olía a beicon. Entonces no pensé en nada de nada. Fui derecha a la puerta y llamé.

Aronsen abrió y bajó la mirada.

–Buenos días –dijo.

–Buenos días –dije–. Aquí huele a beicon.

–¿Sí? –dijo.

–Es que me preocupaba que te hubieras dejado una sartén friendo al fuego –dije.

–¿Una sartén friendo al fuego? –dijo.

–O una cazuela hirviendo –dije–. No quiero que mueras atrapado en un incendio.

–Ah, ya te entiendo –dijo Aronsen.

–Ya sabes, la gente mayor olvida mucho –dije–. Con frecuencia muere atrapada en un incendio.

–Exacto –dijo Aronsen.

Nos quedamos allí de pie. Llevaba una camisa blanca, estaba perfectamente lisa alrededor de los botones.

–Bien planchada –dije.

–Sí, muy amable –dijo.

–Pero ¿de verdad que estás friendo beicon? –dije.

–Pues sí –dijo Aronsen–. ¿Debería echar un par de lonchas más?

Sí, así son las cosas. A continuación, vives feliz todos los días de tu vida. Te pones contento, entras en calor y llenas la barriga. Dejas de estar alerta. No es eso lo que pasa en los cuentos, pero sí en la vida real, habíamos ganado varios miles de coronas con el servicio a domicilio y Tommy hablaba de comprar un vestido que su churri pudiera ponerse cuando ya no estuviera embarazada, uno rojo, era la víspera de la víspera de Nochebuena y yo estaba satisfecha, calentita y era rica, estaba sentada en la escalera, delante de la caseta, observándolo todo. Se hizo de noche. Los coches empezaron a brillar. Melissa pasaba los árboles por el túnel de empaquetado, Tommy asentía con la cabeza, sonreía y decía *pues va a ser que este año también llegará la Navidad*, cargaba con los árboles hasta el coche, abría el maletero y yo sacaba el cuaderno y trazaba una raya cada vez. Al cabo de un rato se me quedaban fríos los dedos de los pies. Entonces me metía en la caseta a comer galletas de jengibre. La carpeta de los deberes seguía encima de la mesa, le puse un bigote de puntas rizadas a Calígula, abrí el cuaderno y miré la contabilidad, en un lado estaba el servicio a domicilio y en el otro el verde decorativo. Dibujé corazones alrededor de las cifras. Entonces se abrió la puerta.

–Exacto –dijo Eriksen.

Estaba en Moss. Pero no. Había venido, se había plantado en la puerta.

A lo mejor nunca se había ido a Moss. O tal vez alguien le había llamado y le había dicho *he oído por ahí que en Abetos Eriksen habéis empezado a dar servicio a domicilio*. O tal vez tuviera espías en Oslo y entonces había venido una señora y se había plantado delante de Melissa y había dicho *estaba pensando en comprar uno de esos abetos de montaña*, pero con el rabillo del ojo había visto el coche y el maletero abierto, o tal vez alguien había oído a Melissa decir *quieres que te lo lleven a domicilio, sí, ¿cuánto cobras por el reparto hoy, Tommy?* Y entonces Eriksen se habría metido corriendo en el coche, habría venido de Moss a toda pastilla, habría aparcado su estúpido descapotable bien lejos y se habría colado en el puesto, como un zorro, y ahora estaba en la puerta, se dio la vuelta y sacó la cabeza.

–¡Eh! –gritó–. ¡Tommy! ¡Melissa!

Clavé la mirada en la mesa. Oí que se acercaban. Eriksen cerró la puerta tras ellos. Estábamos apiñados.

–Vale –dijo Eriksen–. Me lo explicáis.

–Solo estoy haciendo algunos deberes –dije y señalé la carpeta.

–¿Deberes? –dijo Eriksen–. Estamos a dos días de las Navidades.

–Deberes de refuerzo –dije.

–Y yo me lo creo –dijo Eriksen.

Miró a Melissa. Ella apretó los dientes. Sus dedos se movieron. Es un truco que aprendió de la abuela, *tienes que contar hasta diez*, solía decir la abuela, *a todo el mundo le puede venir bien, y a ti más.*

–En cualquier caso –dijo Eriksen–. Esa niña no puede estar todos los días aquí haciendo deberes en la caseta.

Entonces vi que Melissa hacía el otro truco, el que había aprendido de papá. Hay que alejarse de la persona con la que te has enfadado, *siempre te puedes cruzar con un imbécil*, solía decir papá, *solo hay que mantener las distancias*, pero ahí dentro no había manera, pegó la espalda contra la ropa colgada en la pared.

–Y no lo hace –dijo Tommy–. Ha sido una excepción.

Eriksen le miraba.

–Es que hoy se encontraba regular –dijo Tommy–. Necesitaba un paracetamol y un poco de ayuda con los deberes.

–No estoy hablando contigo –dijo Eriksen.

Ahora Melissa hacía el truco que aprendimos del conserje. Consiste en cerrar los ojos, *hay cosas que mejor no ver*, solía decir el conserje, lo había aprendido en la guerra, y Melissa cerró los ojos con fuerza, pero temblaba, y ese es el último de los trucos que se sabe.

–Estoy harto de ver a esa cría por todas partes –dijo Eriksen.

Fue entonces cuando Melissa abrió los ojos. Levantó la barbilla y fue hacia él.

–Esa cría es mi hermana –dijo Melissa.

–No he contratado a tu hermana –dijo Eriksen–. Es menor, pero muy menor.

–Viene en el lote –dijo Melissa–. Allá donde yo voy, va ella.

–Parece que se te olvida algo –dijo Eriksen.

Se pasó los pulgares por las trabillas del pantalón.

–Estás aquí por caridad –dijo–. Te di este trabajo para hacerte un favor.

–¿Ah, sí? Pero ahora resulta que mi hermana pequeña está enferma y vino y me pidió un paracetamol y a lo mejor poder hacer algunos deberes, y tal vez así aprender un pelín sobre… –dijo Melissa, alargó la mano y levantó la carpeta de mis deberes–… el emperador Nerón –dijo–. ¿Y entonces ya no nos haces favores? ¿Se acabó tu caridad?

Eriksen no respondió.

–Te estoy preguntando si tienes paracetamol en el botiquín –dijo Melissa, y tiró la carpeta de los deberes encima de la mesa–. Pero ¿a lo mejor no das paracetamol a menores?

–¿Paracetamol? Aquí no estamos hablando de paracetamol.

–A lo mejor tú no –dijo Melissa–. Pero entonces es que nunca has tenido una jaqueca infantil. Porque si hay algo en lo que se te va la vida cuando la tienes es el paracetamol.

Nos quedamos en silencio. Tommy toqueteaba la riñonera donde llevaba el dinero.

–Dolor de cabeza o no –dijo Eriksen–. Esto no es ningún hospital.

–Por supuesto –dijo Tommy–. Ha sido un caso excepcional.

–Vale –dijo Eriksen.

Nos quedamos en silencio. Tommy seguía manoseando la riñonera, la pequeña cremallera tintineaba. Por fin, Eriksen tomó aire.

–Pero si la vuelvo a ver por aquí, llamaré a alguien –dijo.

–¿A quién? –pregunté.

Todos me miraron. No tendría que haber dicho eso. No sonaba a jaqueca infantil. Eriksen sonrió.

–Hay muchos sitios a los que llamar –dijo Eriksen–. Lo más importante es que alguien se preocupe.

Pero lo peor que puede pasar es que alguien se preocupe. Lo sé desde siempre, te toca llorar mientras pescas cangrejos. Recordé el peor verano de mi vida, cuando papá estuvo ingresado en Soltunet para curarse y Melissa y yo tuvimos que quedarnos en La madreselva, y no había manera de dormir bajo ese techo de tablas de madera, o jugar a policías y ladrones en esa pradera, tuve que aguantar el llanto todo el rato y echaba tanto de menos a papá que fue como tener pulmonía doble en el pecho. Y cuando pescábamos cangrejos, me sentaba en la peña más alejada para que nadie me viera. Tampoco es que miraran. No hacían más que gritar y celebrar sus cangrejos, pero yo no quería coger ninguno, dejaba que se comieran el mejillón enterito mientras lloraba y los observaba con la cabeza gacha. Hasta que el que se llamaba Kevin se acercó haciendo equilibrios por las rocas. Puso la mano en mi hombro.

–Ven, vamos dentro a tomar un refresco –dijo–. Creo ya hemos pescado suficientes cangrejos por hoy.

Eriksen nos empujó por la puerta. No teníamos nada más que decir. Fuera estaba oscuro y en el aire había una especie de ruido, sería el sonido de la tormenta Gudrun. Melissa y Tommy tenían que seguir trabajando, alguien había dejado un montón de nuevos abetos nobles en el borde de la acera, *es la víspera de la víspera*, dijo Eriksen, *vais a seguir aquí mientras haya clientes*.

–Una cosa más –dijo Eriksen alargando la mano–. A partir de ahora dejaré cerrada la caseta cuando me marche.

Y Tommy le puso la llave en la palma de la mano.

Abrí la puerta de casa. La cazadora de piel estaba colgada del perchero. Pasé al cuarto de estar. Papá estaba tumbado en el suelo.

–Papá –dije.

Estaba ahí, junto a la pared. Boca arriba, con su cara y su cuerpo, estaba en el lugar exacto donde tendríamos que haber puesto el árbol de Navidad. De repente pensé: *podría darle una patada*. Podría pisarle la cara. Me entraron escalofríos.

–¿Qué haces ahí tumbado? –dije.

Entonces abrió los ojos. Luego los cerró de nuevo. Me coloqué en medio de la habitación.

–Papá –dije–, ¿qué haces ahí tirado entre un montón de porquería?

Pero ya no estaba despierto. Volví a sentir escalofríos. Una negrura me invadió, me fue llenando desde abajo y luego me salió por la boca.

–¿Por qué nunca compras bolsas para la aspiradora? –dije.

Me acerqué un poco.

–¿Cómo voy a comprar yo las bolsas para la aspiradora si ni siquiera sé de qué marca es la aspiradora? –dije–. ¿Si ni siquiera sé dónde se compran?

Hablaba cada vez más alto.

–¿Por qué no puedes por lo menos ventilar cuando apesta tanto? –dije–.

»Haces que huela mal en todas partes –dije, y papá solo estaba ahí tirado, pero las palabras saltaban de mi boca como ranas, raras, como grumos, nunca me había pasado–.

»Y este piso tan feo –dije–.

»Solo hay un perchero de adorno, y esa cazadora tuya de cuero también huele a mierda –dije–. Seguro que también te has meado en ella. ¿Por qué no puedes ni siquiera fijarte en dónde meas?

Me acerqué más, estaba junto a su brazo.

–Papá, ¿sabes que ahora mismo podría dejar caer algo pesado encima de tu cabeza?

Pensé en la sartén, pero entonces también tenía que acordarme del beicon, cuando freía huevos con beicon y decía, *girls, me perdonáis*, y entonces también pensaba en la mesa de la cocina y cómo jugábamos al Casino, y cómo siempre se las arreglaba para pasarme el dos de picas a escondidas, y cuando me acordaba de eso no tenía más remedio que llorar, y agité la cabeza porque por un instante lo entendí todo, pero no había nada que hacer, fui al pasillo, descolgué la cazadora del perchero y la tiré al suelo, volví a cogerla, la apreté contra mí, olí ese olor y estuve a punto de vomitar, no podía ser, nada podía ser, las lágrimas corrían por mi cuello y se me escapaban ruidos raros, y colgué la cazadora del perchero y regresé a su lado y me senté en el suelo, apoyé la frente en su brazo y dije *perdona, papá, me perdonas*, mientras dormía, y lloré, le mojé el brazo, el brazo olía a papá, y lloré, hice

ruidos extraños hasta que no pude más. Me fui al cuarto a dormir.

Esa noche caí enferma.

Los pensamientos empezaron a dar vueltas en mi cabeza. Al principio pensé que eran los pensamientos de siempre. Luego entendí que era la fiebre. Me quedé completamente quieta. Y el cerebro me mostraba imágenes. Había carboneros, cangrejos y ardillas. Hacía frío, estaba todo negro y todas las estrellas de la Vía Láctea. Me tapé con el edredón, miré al techo y me pregunté qué quería decir todo aquello.

***

–¿Qué te pasa? –dice Melissa.

Hay luz en la calle, es por la mañana. Su cabello se descuelga a mi alrededor.

–Hoy tienes que quedarte en casa –dice.

Su mano huele a pino. Me toca la frente.

–No –digo yo.

–Sí –dice ella.

Entonces no me quedan fuerzas para responder.

–Seguro que solo has pillado un catarro –dice Melissa–. Quédate aquí tumbada y ponte bien, tú.

La calle está oscura, estoy sola.

Pero ¿qué me pasa? Tengo una jaqueca infantil, ¿se ha cumplido la mentira? Porque aquí llega el dolor de cabeza. Llega como una marea, el agua asciende por la cabeza, me incorporo, me inclino hacia delante, pero entonces todo se acumula en la frente, a oleadas. Y ahora sé qué ha pasado. Es un castigo. Este es el castigo. Porque pensé eso de la sartén, honrarás a tu padre y a tu madre, no matarás a golpes, no mentirás, ni tampoco robarás, tú no, y tú no, ¿también tú, Bruto, hijo mío?

Paracetamol, paracetamol, paracetamol. El botiquín de Eriksen se abre una y otra vez, todo está bien ordenado ahí dentro. Alargo la mano, pero entonces se cierra, se cierra una y otra vez y se aleja de mi mano, y abro los ojos. Mi edredón, mis manos. Solo estoy aquí. Es aquí donde estoy. Pero ahora hay gente en el cuarto de estar, hay música. Y me pongo de pie, la habitación sube y baja a mi alrededor, como las olas del mar, tengo que quedarme quieta, me agarro a la cama, ya no hay marea, doy unos pasos y abro la puerta.

–Pero mira quién viene –dice Sonja–. ¿No será Ronja?

–Papá –digo–. Me duele la cabeza.

–Ay, pobrecilla –dice Sonja.

Y alguien dice *quieres tumbarte aquí en el sofá*, alguien dice, *tu hija te está hablando*, alguien dice, *baja la música,* pero nadie la baja.

–Papá –digo–. ¿Tienes un paracetamol?

Papá sonríe. Se levanta del sofá y me guiña un ojo. Se tambalea. Luego vuelve a sentarse. Y Sonja mueve la cabeza de lado a lado y me dice:

–Mira, cielo.

Rebusca en el bolso y saca una caja.

–Aquí –dice–. Estas son para el dolor.

–Papá –digo yo–. ¿Hay naranjada en polvo?

Sonja se pone de pie y me coge de la mano.

–Ven, cielo. –Me lleva a la cocina.

No soy su cielo, pero necesito un paracetamol, junto a la encimera me suelta de la mano, está en nuestro fregadero preparando naranjada. Alguien apaga la música. Nos quedamos en silencio.

–Una naranjada fresquita sabe rica –dice Sonja–. La naranjada fresquita siempre sienta bien.

Digo que sí con la cabeza. El cerebro me golpea el cráneo. Sonja abre la caja, presiona para sacar una pastilla y me la da, yo me la meto en la boca, y luego me ofrece el vaso de naranjada. En el cuarto de estar han empezado a cantar. *Quién puede navegar sin viento*, cantan. *Quién puede remar sin remos*. Trago. La naranjada está demasiado concentrada. Devuelvo el vaso, salgo al recibidor y me pongo los zapatos, Sonja me sigue.

–Cielo, ¿adónde vas?

–A la calle –digo.

Me asomo al cuarto de estar. Solo hay oscuridad y gente. Es solo una canción. Se ha terminado.

–Hasta luego –digo.

–Hasta luego –dice papá–. Hasta luego, hija de bandolero.

Salgo al descansillo. Aquí hay luz. Tengo que cerrar los ojos, pero sé adónde voy, y puedo ir con los ojos cerrados.

Aronsen no me abre. Llamo y llamo. Es de noche o qué, ¿por qué no me abre? No soporto esos golpes, la luz del pasillo es intensa, no se puede mirar de frente a Dios, me siento con la espalda apoyada en su puerta y la cabeza entre las rodillas. No. Ya sé lo que ha pasado. Sé que Aronsen ha muerto. Como esa ardilla que vi una vez, la clase iba a visitar un museo, y ahí estaba, en mitad de la calzada, había sangre y vísceras reventadas y nos detuvimos porque los coches pasaban por encima, y los chicos gritaron *más sangre, más sangre*, pero Meron no. Estaba a mi lado y comprendía, porque la muerte es la muerte y todos vamos a morir, también los que gritan, y Meron me pone los guantes sobre los ojos. Me pongo de pie, bajo el picaporte. Está cerrado con llave. El picaporte está frío. Porque Aronsen no está en casa. Está muerto. De todas formas, no es mi abuelo, ni siquiera sé dónde está, no soy ninguna nieta y ni siquiera tengo su número de teléfono, y ahora sé qué pasa, Aronsen se está quemando en un incendio. Porque lo que se dice se cumple, yo hablé de un incendio y entonces hay un incendio, Aronsen se está quemando en un incendio, una y otra vez, y se lanza contra la ventana con llamas a la espalda, como una polilla con la boca abierta, lo que se dice se cumple, palabrita del niño Jesús, que se mueran padre y madre.

Pero la pastilla empieza a hacer efecto.

Fluye por piernas y brazos y ahora. Ahora quiero salir a dar una vuelta. Solo tengo que seguir a mis piernas. Andan, bajan la escalera de incendios y salen.

Aquí está la calle. Aquí hay unas cuantas luces, gente, coches. No es de noche. Solo está oscuro, la gente sale del Dia cargada con bolsas de plástico, casi me da risa. Las farolas iluminan. Los coches pasan. Y una voz grita *Ronja, está en rojo.*

Llegan dos ángeles. Uno grande y otro pequeño. Parece que vienen hacia mí. Pero si es Musse. En las alturas está el padre de Musse, mira, qué bonitos son, vestidos de ángeles, y Musse lleva la cazadora vaquera por encima.

–El mismísimo Musse –digo, pero Musse no sonríe.

–Ronja ¿qué te pasa? –dice–. No puedes cruzar sin mirar. ¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

–Estoy dando una vueltecilla –digo.

Musse me mira fijamente.

–¿Y vosotros? –digo–. ¿Adónde os dirigís?

–Solo a la mezquita –dice Musse.

Asiento con la cabeza. Echo a andar, pero el padre de Musse me agarra por los hombros.

–Estás enferma –dice.

–Sabes noruego –respondo yo.

–Ronja –dice Musse–. Creo que papá tiene razón. Creo que no estás muy sana.

Se oye un gemido. Si, sé lo que es, es la alarma del teléfono, sé lo que significa, tienen prisa.

–Hora de rezar –digo–. Preparados, listos, ya.

Pero no corren. El padre dice algo en su idioma. Musse se quita la cazadora y me la ofrece. Tiene borreguito por dentro. No me muevo. El padre toma la cazadora, me la pone, abrocha los botones. Musse me coge de la mano y me dice:

–Papá dice que te acompañaremos a casa.

–No –digo.

Niego con la cabeza. Mi cerebro baila. Las luces brillan. Anda, por ahí va el mujerón con su perro, se han colgado espumillón del cuello.

–¿Papá? –dice Musse–. No quiere.

El padre emplea frases largas, yo no entiendo ese lenguaje angelical, solo *Mustafá, Mustafá* de vez en cuando, pero entonces Musse me mira.

–Ronja, papá dice que debemos llevarte con tu familia –dice–. Tenemos que llevarte con Melissa, o algo.

–No –digo.

–Sí –dice Musse.

–Llegaréis tarde al rezo –digo–. ¿A qué rezo tenéis que llegar?

–¿No puedes dejar de hablar de ese rezo? –dice Musse–. Papá es muy cabezota, Ronja. No va a dejar que te vayas, ya te digo.

Así que echamos a andar. Caminamos, todo el camino de Belén, y cuando llegamos al puesto Musse me suelta la mano y sigue hasta el barracón, en ese albergue no hay refugio, pero él no lo sabe, siento que su padre se ha puesto a mi espalda, que me ha apoyado una mano en cada hombro. Por encima de los árboles brilla el foco de Eriksen. *Como un espejismo resplandeciente*. Sonrío.

–Yo antes trabajaba en esto –digo.

–Sí –dice el padre de Musse.

–¿Tú trabajas en algo? –pregunto.

–Sí –responde él.

Dos señoras pasan a nuestro lado cargando con un árbol.

–Abeto de montaña –digo.

Él no responde. Un leve viento me agita el pelo.

–Esperaremos –dice el padre de Musse.

–Sí –digo yo–. Esperaremos.

–Hermana –dice el padre de Musse.

–Sí –digo–. Hermana.

Ahora la veo. Se acerca a paso largo. Musse corre a su lado, se paran frente a nosotros, Melissa se seca la frente con la manopla.

–Hola –dice el padre de Musse–. Está enferma.

–Entiendo –dice Melissa–. Gracias.

–Urgencias –dice el padre de Musse.

–Entiendo –dice Melissa y alarga la mano hacia mí–. Gracias, ya podéis iros.

Pero el padre no me suelta, mueve la cabeza arriba y abajo muchas veces y dice *urgencias, urgencias*, con una mano me sujeta y con la otra señala, y Melissa asiente y dice *yes*, pero da un paso adelante y me agarra por la muñeca, *muchas gracias*, dice, *muchísimas gracias, de verdad, y que os vaya bien*, y al final Musse se avergüenza y tira de su padre y dice *vale, vámonos ya, papá*, y entonces me suelta.

Melissa me empuja entre los árboles. Se detiene detrás de los abetos de montaña y se quita la manopla, me toca la frente.

–¿Qué has hecho? –dice–. ¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí?

–Me trajeron aquí –digo.

–Pero Ronja –dice, su voz suena extraña.

–O, mejor dicho –digo–, salí a dar una vuelta.

–Pero –dice–. La caseta está cerrada y tú estás… vaya, ¿qué hacemos?

¿Dónde te vas a sentar?

No lo sé. Sacudo la cabeza y Melissa mira al cielo y susurra *Dios maldito, puedes ayudarme*, y luego se quita la bufanda y me la enrolla al cuello, esa bufanda enorme de color rojo, me entra sueño, cierro los ojos.

Cuando los vuelvo a abrir tengo a Tommy delante.

–Ves –dice Melissa.

–Hay que llevarla a urgencias –dice Tommy–. La acercaré con el coche.

–No –dice Melissa.

–¿No? –dice Tommy.

Vuelvo a cerrar los ojos, el viento leve regresa a mi mejilla, *¿sabes lo que pasa cuando la gente como nosotras va a urgencias?*, dice Melissa, *la protección de menores, los servicios sociales y todo lo demás,* Tommy al principio no dice nada, luego dice *vale*, y me levanta. Por encima del hombro de Tommy, como si fuera un árbol de Navidad. Me deposita detrás de la caseta y va a buscar una silla de camping y una manta.

–Mira –dice, y abre la silla plegable–. Siéntate aquí.

–Pero Tommy –dice Melissa–. ¿Qué pasa si se presenta Eriksen?

–¿Hay otra opción? –dice Tommy.

Pasa un rato. Entonces Melissa dice:

–No lo sé.

Tommy me envuelve con la manta. Dice *esto lo solucionamos*, me acaricia la mejilla, *voy a llamar a mi churri*, dice, *su hermana es enfermera*, pero entonces mira hacia arriba, hacia un lado.

–Oh, no –dice.

Entonces oigo lo mismo que él. Un vehículo grande, con un motor potente. Una puerta que se cierra. Tommy se incorpora, se asoma por la esquina.

–Es Eriksen –dice.

Melissa se tapa la boca con la manopla.

–Ronja, no te muevas –dice Tommy–. Melissa, tú ocúpate de los clientes, yo hablaré con Eriksen, intentaré mantenerlo alejado.

Se quita la gorra. Se inclina y me la mete por la cabeza.

–Esto lo solucionamos, pequeña –dice.

Luego se lleva a Melissa con él y desaparece.

–No sirve de nada luchar –suele decir papá–. Ya te puedes ir olvidando, la pelea está amañada.

Aquí estoy yo. Oigo que un camión se acerca marcha atrás, pitidos. Oigo que Eriksen grita, *sí*, grita, *sigue, sigue, para.* Me bajo la gorra. Huele a Tommy. Levanto la bufanda. Huele a Melissa. Un chico pasa corriendo, me mira, pero es como si no me viera, *mamá*, grita, *mamá*, ¿me compras miniarbol?

Ya no hay más clientes, ya solo hay viento.

Empieza a llover, deprisa, fuerte. Veo que un periódico pasa volando.

No sirve de nada pelear. Tomo aire. Lo que tenga que venir, vendrá. Y ahora viene.

Porque hay dos zapatos delante de mí. Una voz dice:

–Vaya, conque estás aquí sentada.

Es un hombre, pero no es Eriksen. Es otro muy distinto.

Se pone en cuclillas. Me tiende la mano.

–Alfred –dice–. Soy un peón de campo.

Alfred, pienso. Su mano arde.

–He oído hablar de ti –dice–. Conoces a un conocido mío.

–Sí –digo–. El conserje.

–Ven conmigo –dice Alfred poniéndose de pie.

–No puedo andar mucho –digo.

–Conmigo sí –dice Alfred.

Se pone unos guantes. A sus pies hay un árbol, lo levanta y se lo carga al hombro y me ofrece la mano libre.

–Engánchate –dice.

Se me moja la cara, la lluvia viene de frente. Pero Alfred me empuja a su espalda y allí encuentro cobijo, es tan ancho, es como caminar tras una montaña. Se detiene debajo del foco. Allí deja caer el árbol, entonces veo lo alto que es, allí le quita la malla, entonces veo lo grande que es.

–¿Es un árbol para alguna institución? –digo, pero Alfred no responde, solo levanta el árbol y lo pone de pie en un soporte que hay sin usar.

Luego se gira y me dice:

–Es tuyo.

–¿Mío?

–Tu padre me dijo que querías un árbol –dice Alfred–. Le prometí que te guardaría este.

Acaricia las ramas. La lluvia brilla.

–El abeto de fiordo más bonito de Enebakk –dice–. No lo vendas.

–Yo no vendo nada –digo yo–. El trabajo infantil es ilegal.

–Bien –dice Alfred–. Porque este árbol no se va a vender.

Se vuelve a poner los guantes. Me apoya las manos en las mejillas. Me calienta la cabeza entera.

–Este es para tu uso personal –dice.

Cierro los ojos. Asiento.

–Adiós –dice–. Ronja, hija de bandolero.

Entonces me suelta. Yo cierro los ojos con fuerza, no quiero verlo marchar. Oigo el viento y la lluvia, la puerta que se cierra, el camión que arranca, ya no está, ahora se me enfriará la cara, estoy helada bajo la lluvia y el viento, abro los ojos. Él se ha ido, pero el árbol sigue allí.

Allí está. Oscila.

Las ramas llegan al suelo. Miro a mi alrededor. Junto a la caseta veo a Eriksen, abre la puerta. Rápida, como una ardilla, me cuelo entre las ramas.

Está seco. Tan densas son las ramas del más bonito abeto del fiordo. Levanto una y miro hacia fuera. Recibos, envoltorios de galletas y restos de gavillas navideñas corren por el asfalto. Tengo que encontrar a Melissa, avisar dónde estoy. Pero no la veo, solo veo la caseta, un hombre y un perro corren atravesando la lluvia. El agua salpica bajo sus zapatos.

Se abre la puerta de la caseta. Ahí está Eriksen. Mira a su alrededor.

–¡Melissa! –grita Eriksen–. ¡Tommy!

Viene directo hacia mí. Pero parece que no me ve, tan densas son las ramas del más bonito abeto del fiordo. Se detiene ante el árbol, me da la espalda y grita.

–¡Eh! –grita–. ¡Venid aquí!

Pero mira. Mira lo que sujeta a la espalda.

Ahí llega Melissa. Ahí llega Tommy. Pero no saben nada. Melissa escurre las manoplas mientras camina, Tommy recoge una bolsa de plástico del suelo y se la mete en el bolsillo. Se detienen frente a mí. Con los ojos así, muy abiertos.

–Bien –dice Eriksen–. He pasado por la caseta. Allí me he encontrado este cuaderno.

–¿Y decís que esa niña solo viene a hacer deberes? –dice Eriksen–. ¿Y decís que tiene jaqueca y contáis largas, bonitas historias inventadas y me echáis la culpa a mí?

Nadie responde. La lluvia es como una cortina que tuvieran delante, más espesa a veces, más fina otras.

–Fraude –dice Eriksen–. Un fraude con todas las letras.

Entonces levanta el cuaderno ante Tommy y dice:

–Ya os podéis olvidar del sueldo de diciembre.

–¿Qué? –dice Tommy.

–Incumplimiento de contrato –dice Eriksen–. ¿Tú eres aquí el responsable y vas y montas una estafa? Un incumplimiento de contrato de manual.

–Pero, por favor –dice Tommy.

–¿Qué? –dice Eriksen–. ¿Por favor qué?

–Solo faltan dos semanas para que salga de cuentas –dice Tommy.

–Haberlo pensado antes de timarme –dice Eriksen–. Y ¿sabes lo que has hecho además de eso? Has contratado a una niña, trabajo infantil.

Melissa está quieta, con las manoplas entre las manos.

–Una denuncia policial contra ti –dice Eriksen y señala a Tommy con un movimiento de cabeza, luego señala a Melissa dice–: Y para ti, la protección de menores.

Mira. El viento agarra la bufanda de Tommy. Se convierte en una línea, una larga línea negra dibujada con rotulador.

–Venid a la caseta –dice Eriksen–. Podéis recoger vuestras cosas.

No puedo pensar. Me encojo entre la ropa. Va a suceder, van a atacarnos por la espalda. Ahora sé que todo es cierto, todo lo que dice siempre papá, que vamos a morir, que llegarán tormentas de arena y enfermedades, nos torrará el sol de los desiertos, *no tenemos escapatoria*, dice papá, *ni de nuestra cabeza ni del mundo*. Dice la verdad, la dice, porque todo el mundo está metido en su propia cabeza y mira por sus ojos, como un gato en una jaula, Eriksen llamará a la policía, y sé de la cárcel, cuando soltaron al hermano de Meron estaba delgado como un esqueleto y eso que él solía colgarse de la barra del columpio y subir la barbilla por encima cien veces, y sé de la protección de menores, dos señoras en el pasillo cuando salimos del vestuario del gimnasio, *hola, Emily*, dijeron, y Emily abrió la boca, y luego fue por el pasillo con ellas a cada lado, solo le vimos la espalda, y la bolsa de deportes y el pelo mojado, y luego ya no la vimos nunca más. Y qué va a hacer papá, después. Sentarse en La puerta de las estrellas a mirar la oscuridad de la calle. Dar vueltas por el piso sin nosotras, salir al descansillo sin nosotras. Ir a los cubos y no tener a nadie a quien tirarle la basura.

No puedo más. Solo puedo dormir.

Me tumbo con la cabeza sobre el asfalto y la espalda pegada al tronco, me duermo.

En verano con papá. Yo salía del mar temblando y papá decía:

–Túmbate sobre la roca negra, Ronja. Está más caliente.

Y luego buscaba una ramita.

–Adivina qué estoy dibujando –decía.

Entonces me dibujaba en la espalda. Y era fácil adivinar. Porque siempre dibujaba un velero.

En invierno con papá. Cuando cargábamos con las mochilas muy muy dentro del bosque. Y ahí encontrábamos la cabaña, y él cerraba la puerta con un gancho y decía que esa noche ya nadie volvería a salir y, en cualquier caso, ahí fuera no había nada y, en cualquier caso, ya no pasaban los autobuses y, además, no había ningún otro lugar donde quisiera estar.

–Noches –suele decir papá–. Dormid, mi Puerta Celestial y mi Shangri-La.

Me despierto por Melissa, me está llamando. Salgo a cuatro patas y aparto una rama.

Allí fuera todo está oscuro y ventoso, nuestro cartel se ha volcado, la silla de camping ha volado entre los árboles, y los árboles se mueven mucho, de lado a lado. Melissa va de un extremo a otro de la caseta y me llama. En la acera está Tommy, el móvil iluminado en las manos. Salgo y voy hacia Melissa, el viento me empuja hacia atrás, tengo que hacer fuerza con las piernas, primero una, luego la otra. Nunca he visto Tøyen como está ahora. Apoyo la mano en su espalda. Se da la vuelta. Al principio se queda quieta. Luego me agarra por los hombros y me zarandea.

–¡Enana de mierda! –grita–. ¿Dónde estabas?

Me zarandea y grita *es casi medianoche*, grita, *todo se ha ido al infierno mientras no estabas*, *creí que te habías muerto de frío, creí que la protección de menores te había atrapado*, mi cabeza baila adelante y atrás, se me cae el gorro, *y hemos buscado por todo Tøyen,* grita, *¿se puede saber qué estabas haciendo?* Por fin deja de zarandearme. Llega una ráfaga de viento que estalla en mis oídos, un árbol se desploma, rueda hasta nosotras y se detiene a nuestros pies, nos quedamos en silencio.

–Solo me he quedado dormida bajo un abeto –digo.

–Eh –dice Melissa–. ¿Tantas horas? ¿Con este viento? ¿Cómo es eso?

–No lo sé –digo, pero vuelve a soplar el viento y no escucha.

Se deja caer al suelo. Llega Tommy. Se sienta a su lado, le pasa el brazo por los hombros.

–Pero ya está aquí, Melissa –dice.

Ella no contesta. Tommy la levanta.

–Melissa, ya está aquí –dice–. Ahora tenéis que ir a hablar con vuestro padre.

Pero Melissa está colgada en sus brazos como una muñeca. Tommy me mira.

–Tenéis que iros a casa –dice–. Melissa tiene que explicarle algo a vuestro padre. Melissa, ¿sabes lo que tienes que decir?

Melissa le rodea el cuello con los brazos. Es como si no se sostuviera.

–Melissa, espabila –dice Tommy, intenta soltarse, pero ella no se espabila, levanta los ojos hacia él.

Tommy mira a su alrededor, en todas las direcciones, pero allí no hay nada que le sirva de ayuda, solo lluvia, viento, un paraguas que rueda por el asfalto con las varillas asomando. Y yo.

–Ronja –dice Tommy–. Cuando veas a tu padre, tienes que decirle que va a ir la protección de menores, puede que la policía también.

–Vale –digo.

–Y que si alguna vez va a dejar de beber tendrá que ser ahora –dice Tommy.

Yo digo que sí con la cabeza. Melissa vuelve a ponerse en cuclillas, el abrigo se mete en un charco. No le veo la cara, solo el cabello y los brazos, está ahí meciéndose. Voy tras ella y levanto el abrigo. Lo sostengo en el aire, como una dama de honor.

–Vale –dice Tommy–. No puedo hacer más.

–No –digo yo.

Pero no se va. Se queda mirándonos.

–¿Qué pasa? –digo.

–No, solo me pregunto una cosa –dice Tommy.

Parpadea. Se seca la cara con la manga.

–¿Cómo os vais a apañar ahora vosotras dos? –dice.

Algo se enciende y se apaga. Levanto la vista. Ahí está el foco en su poste. Me hace señales.

Sé lo que vamos a hacer. No he parado de recibir señales. Solo que hasta ahora no las había entendido.

–Puede producirse un milagro –solía decir el conserje–. A veces no queda otra, y entonces ocurre un milagro.

–Enséñaselo a tu padre –dijo el conserje.

Y yo tenía el papel en la mano, la nieve se derretía a su alrededor.

–Hasta luego, hija de bandolero –dijo papá.

Y yo me puse los zapatos y me fui.

–Es tuyo –dijo Alfred–. Este es para tu uso personal.

Y entonces me metí debajo del árbol.

Y por encima de todo eso colgaba una estrella.

Ahora estoy aquí con Tommy y lo entiendo todo, pero él no entiende nada, se muerde el labio.

–Tommy –digo.

–¿Qué? –dice él.

–No te asustes –digo–. Pase lo que pase ahora.

–No hables raro –dice–. Me asusto un huevo, la verdad.

Sonrío. Él está muy pálido.

–Adiós, Tommy –digo–. Creo que es hora de que te vayas con tu churri.

Me siento junto a Melissa. Me mira a través del pelo, *no podemos hablar con papá*, dice, *ya lo sabes*, y yo digo *sí, claro*, *pero ahora intenta ponerte de pie*. Ella sacude la cabeza y respira deprisa, raro. Junto a la acera Tommy arranca el coche, los faros se iluminan. Se va. *Y con todo lo que estaba pasando no te encontraba*, dice Melissa, tiembla y mueve la cabeza, *era como el día del juicio final*, dice*, todo se me escapaba entre los dedos, y a lo mejor la protección de menores ya está con papá, y encima Tommy se ha quedado sin trabajo, ¿y qué hay de su churri, del bebé?*

Pero ahí en lo alto brilla el foco. De la tierra nos lleva con él.

–No era el día del juicio final –digo yo–. Era la tormenta Gudrun.

Me mira.

–No se te está escapando todo entre los dedos –digo–. Melaza, intenta ponerte de pie –digo–. No podemos quedarnos aquí en plena tormenta.

Tiro de ella. Por el suelo vuelan tazas de cartón y unas cosas grandes de plástico que no sé qué son. Caminamos, la rodeo con el brazo, vadeamos charcos, pero ya no tengo miedo, ni estoy triste, ni enferma, porque frente a nosotras brilla la luz, y sé adónde vamos, pero no hay otra manera de decirlo.

–Mira –digo–. Ese árbol lo manda papá.

Melissa no responde.

Levanto una rama. Ella no se mueve.

–El abeto del fiordo más bonito de Enebakk –digo.

Ella sacude la cabeza.

–Melissa, ahí debajo está seco –digo–. Métete.

Pero no hace nada. La empujo al suelo y tiro de ella. Fuera corre la lluvia por todas partes, pero aquí se está seco, es como una isla, es como sabía que sería. Me quito la cazadora y la pongo con el forro de borreguito hacia arriba. Luego le alzo los brazos y consigo quitarle el abrigo.

–Mira –digo–. Túmbate aquí.

La empujo y apoyo su cabeza en la cazadora. La tapo con el abrigo. Me siento.

Cuando pase la tormenta, pienso. Pero por el ruido no parece que vaya a terminar, parece que el viento sopla cada vez con más fuerza.

Cuando amanezca, pienso. Me arrastro para asomarme. La mañana no llega aún. Esta noche es lo único que hay. Las farolas se mueven, veo la lluvia a la luz de una de ellas, el aire está estriado de lluvia. Y no tengo miedo, pero Melissa tiene miedo, se queja, como un gato.

–¿Me tumbo un poquito a tu lado? –digo.

Ella asiente. Me pego a su espalda. Tiro del abrigo hasta que nos tapa a las dos. Noto que llora.

–Piensa en el bosque –digo.

No contesta.

–Y ya en el bosque, una cabaña –digo.

–Pero –dice ella.

–Y en la cabaña, una estufa –digo.

Acerco mi boca a su oreja. Le hablo de la nieve y del sendero.

Entonces subes por la cuesta.

Ves la empalizada.

Ahí ves la cabaña. Ves la luz en esa ventana.

Está dormida. Lo sé por su respiración. Me tumbo boca arriba. Cierro los ojos.

Y cuando despierto, es de día.

***

–Melissa –digo–. Nos vamos.

El sol dibuja en su mejilla.

–Melissa –digo–. Tienes que despertar.

Ella abre los ojos. Ojos nublados, ojos encharcados. Parpadea y se sienta.

Le pongo el abrigo.

Luego aparto las ramas.

–¿Ves? –digo–. Es nuestro bosque.

¿Ves? –digo–. ¿Ahora me entiendes?

La tomo de la mano y tiro de ella, la nieve cae de las ramas, brilla. Luego doy un paso al frente, sobre los árboles el cielo es de un azul muy azul, los árboles de un blanco muy blanco, doy un paso más y toda la luz es aún más intensa, y mira, ahí está sentada la ardilla, sí, ahí se inclinan los árboles formando un arco.

–¿Ves? –digo–. Es nuestro sendero.

Melissa asiente.

–¿Y ya sabes adónde lleva? –digo.

–Sí –dice ella.

–Pues entonces vámonos –digo–. Solo tenemos que andar, Melissa.

Así se acabó.

Empezó, y luego siguió y al final, se acabó. Sí. Las semillas crecen y se convierten en abetos que tienen piñas y crecen y se desploman y mueren. La gente inventa dioses y luego los olvida, pero sigue a pesar de todo. Las estaciones del año llegan y pasan, y detrás de la gasolinera ya no habrá ningún puesto de árboles de Navidad, solo quedan unas ramas de abeto en el suelo, es *the circle of life*. Y entre ellos se cuelan esos días en los que el sol calienta las rocas junto al mar y tú estás allí, tumbada boca abajo. Te sumerges en el mar y alguien te sonríe por debajo del agua, pero entonces tienes que subir, necesitas tomar aire, y así continúa.

Pero nosotras no.

Solo había que caminar, así que caminamos.

Nos cogimos de la mano. El abrigo de Melissa se arrastraba por la nieve, parecía una novia, pero de negro. Y parecía que el bosque creciera mientras caminábamos, se cerraba a nuestro alrededor, pero el sendero era fácil de seguir, porque la nieve estaba pisoteada. El bosque se abrió y pasamos junto a la laguna, y subimos la cuesta donde el zorro tiene una madriguera, y en la cima está la empalizada, y luego solo tienes que seguirla y entonces ya sabes lo que vas a ver.

Sí, nuestro patio por la mañana. Allí el sol lo ilumina todo. Y por la noche. La luz oblicua, amarilla entre los troncos. A esa hora nos quitamos la nieve de los pies golpeando el umbral. Luego llega la oscuridad.

Nos sentamos en los escalones a contemplar la Vía Láctea. Y algunas veces pienso en Tøyen.

Pienso en Tommy. Espero que todo haya salido bien con ese bebé, que nunca más tenga que trabajar para Eriksen, y le pido perdón por todo, la intención no era que cargase con las culpas él solo. Y pienso en el conserje, y espero que le vaya bien manejando el reflector y con su país natal, y sabe que no le dije en serio eso del noruego, habla noruego fenomenal, debería ganar el Campeonato Nacional de Noruego. Pienso en Aronsen y espero que alguien eche con cuidado la gravilla en la nieve del patio trasero, que los centros duren hasta Año Nuevo, como poco. Eso creo, porque elegí los mejores.

Y pienso en papá.

Siempre.

Apoyo la cabeza en el marco de la puerta. Y sueño, como él me enseñó.

En el sueño lleva el jersey de lana gorda y la sonrisa grande. Y en el sueño llega andando por el bosque.

Se sabe el camino. Pasar la laguna, subir la cuesta donde el zorro tiene una madriguera. Entonces ve la cabaña, luego ve los escalones, luego nos ve a nosotras.

–Hola, *girls* –puede que diga–. ¿Están aquí mi diamante y mi esmeralda?

Y la luz es tan intensa que casi tiene que ponerse las gafas de sol.